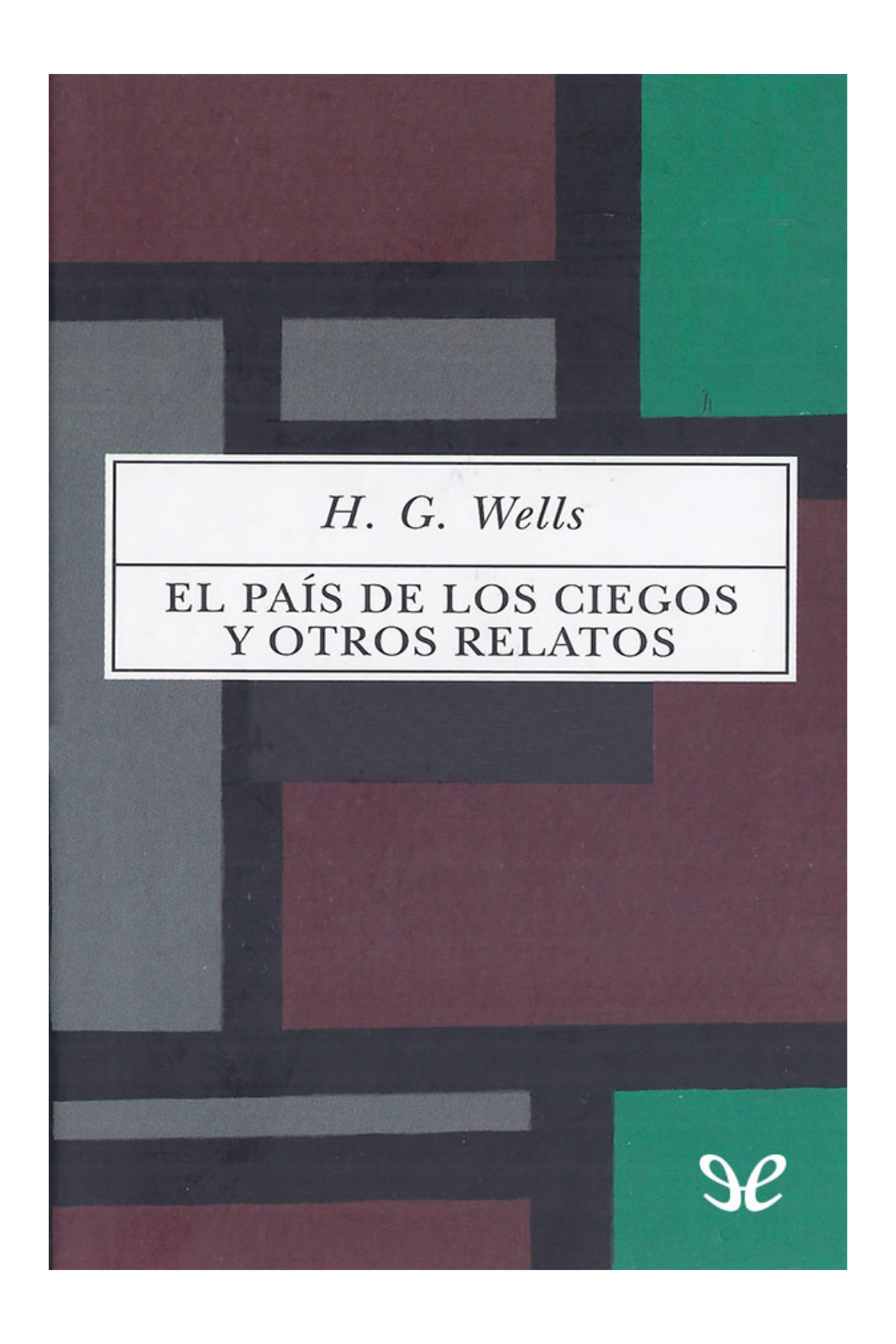




H. G. Wells

EL PAÍS DE LOS CIEGOS
Y OTROS RELATOS

se

Tres cuentos espléndidos: «La puerta en el muro», «El país de los ciegos» y «La historia del difunto Elvesham».



H. G. Wells

El país de los ciegos y otros relatos (trad. Javier Cercas)

ePub r1.0

Titivillus 26.11.2017

Título original: *The door in the wall, The country of the blind, The story of the late Mr. Elvesham*

H. G. Wells, 1904

Traducción: Javier Cercas

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



La puerta en el muro

I

En una noche confidencial, aún no hace ahora tres meses, Lionel Wallace me contó esta historia de la puerta en el muro. Y en aquel momento pensé que, por lo que a él se refería, era una historia real.

Me la contó con una convicción tan sencilla y directa que no pude hacer otra cosa que creerle. Pero a la mañana siguiente, en mi apartamento, me desperté en una atmósfera diferente; y mientras permanecía tumbado en la cama y recordaba las cosas que mi amigo me había contado, privadas del encanto de su voz lenta y seria, despojadas del foco de luz tamizada de la mesa, de la atmósfera de sombras que nos envolvía y de las cosas gratas y brillantes —el postre y los vasos y la mantelería de la cena que habíamos compartido—, convirtiéndolas por un tiempo en un mundo brillante y pequeño aislado de las realidades cotidianas, todo aquello me pareció francamente increíble. «¡Se lo ha inventado todo!», me dije, y luego: «¡Qué bien lo ha hecho! ¡Nunca me hubiera esperado algo así de él!».

Más tarde, mientras sentado en la cama sorbía el té de la mañana, me encontré a mí mismo intentando explicarme el sabor

de realidad que me había dejado perplejo en las imposibles reminiscencias de mi amigo, suponiendo que éstas de algún modo sugerían, presentaban, transmitían —apenas sé qué palabra emplear — experiencias que de otra forma era imposible contar.

Bien, no voy a recurrir ahora a esa explicación, pues ya he superado mis intermitentes dudas. Creo ahora, como lo creí en el momento del relato de mi amigo, que Wallace hizo cuanto pudo por revelarme la verdad de su secreto. Pero lo que no puedo es adivinar si vio o sólo creyó ver, si era el poseedor de un privilegio inestimable o la víctima de un sueño fantástico. Ni siquiera las circunstancias de su muerte, que acabaron con mis dudas para siempre, arrojan luz sobre ello.

El lector deberá juzgar por sí mismo.

No recuerdo ahora qué comentario azaroso o qué crítica mía movió a un hombre tan reticente a confiar en mí. Me parece que estaba defendiéndose de una acusación de negligencia y de falta de credibilidad que yo le había hecho en relación con una acalorada controversia pública en la que él me había decepcionado. Pero bruscamente se hundió.

—Estoy preocupado —dijo. Tras una pausa continuó: —Ya sé que he sido descuidado. El caso es... no es un asunto de fantasmas o de apariciones, pero... es algo extraño, Redmond. Estoy hechizado. Estoy hechizado por algo... que es como si le arrebatara la luz a las cosas, que me llena de ansiedad...

Se detuvo, frenado por esa timidez tan inglesa, que a menudo nos atenaza cuando hablamos de cosas conmovedoras o graves o hermosas.

—Tú también estuviste en Saint Athelstan's —dijo, y por un momento eso me pareció bastante irrelevante—. Bien —y se detuvo. Entonces, vacilando mucho al principio, pero después con más soltura, empezó a contar el secreto de su vida, el recuerdo indeleble de una belleza y una felicidad que llenaba su corazón de anhelos insaciables, que convertía a sus ojos todos los intereses y el espectáculo de la vida y del mundo en algo anodino y tedioso y vano.

Ahora que tengo la clave, el hecho parece estar visiblemente escrito en su rostro. Tengo una fotografía en la que aquella mirada de desinterés ha sido captada e intensificada. Me recuerda lo que

dijo de él una mujer que le había querido mucho. «De repente», decía, «se desinteresa. Te olvida. Ante sus mismísimas narices comprendes que no le importas un pito».

Pero no siempre se desinteresaba y, cuando mantenía su atención fija en algo, Wallace podía arreglárselas para ser un hombre verdaderamente exitoso. Su carrera, en efecto, estaba llena de éxitos. Me dejó atrás hace mucho tiempo; sobresalió por encima de mí, y brilló con luz propia en un mundo en el que, de todas formas, yo no hubiera podido brillar. Le faltaba todavía un año para cumplir los cuarenta, y ahora dicen que, si hubiera vivido, habría ocupado un alto cargo y muy probablemente habría formado parte del nuevo gabinete. En el colegio siempre me superó sin esfuerzo, como si fuera algo natural. Durante casi todos los años de colegio fuimos juntos al Saint Athelstan's College, en West Kensington. Al llegar al colegio tenía mi mismo nivel, pero cuando lo dejó, envuelto en un resplandor de becas y de excepcional comportamiento, estaba muy por encima de mí. Y eso que yo creo que mi conducta en el colegio fue más que aceptable. Fue en todo caso allí cuando oí por vez primera hablar de aquella «puerta en el muro» de la que iba a oír hablar por segunda vez sólo un mes antes de la muerte de mi amigo.

Para él, por lo menos, la puerta en el muro era una puerta real, que conducía hasta realidades inmortales a través de un muro real. De eso estoy ahora completamente seguro.

Y apareció en su vida muy pronto, cuando era un niño que aún no había cumplido seis años. Recuerdo cómo, mientras estaba sentado haciéndome su confesión con lenta gravedad, razonaba y calculaba esta fecha.

—Había —dijo— una enredadera carmesí de Virginia; toda de un color carmesí brillante y uniforme, contra el muro blanco iluminado por la luz clara y ambarina del sol. Eso es por lo menos lo que se me quedó grabado, aunque no recuerdo con claridad cómo, y delante de la puerta verde había hojas de castaño sobre el pavimento limpio. Estaban manchadas de amarillo y de verde, y no estaban ni secas ni sucias, así que debían de haberse caído hacía poco. Eso significa que estábamos en octubre. Cada año me fijo en las hojas de los castaños, y lo sé muy bien. Si estoy en lo cierto en eso, entonces tenía cinco años y cuatro meses.

Era, me dijo, un niño bastante precoz; aprendió a hablar a una edad anormalmente temprana, y era tan sensato y tan maduro que se le permitía tomar unas iniciativas normalmente vedadas a los niños de siete u ocho años. Su madre murió cuando él tenía dos años, y estaba al cuidado menos vigilante y autoritario de una institutriz. Su padre era un abogado severo y abstraído, que le prestó poca atención y que esperaba grandes cosas de él. Yo creo que, por su mucha inteligencia, encontraba la vida gris y tediosa. Y un buen día se fue a la ventura.

No recordaba el descuido concreto que le permitió escaparse, ni la dirección que tomó entre las calles de West Kensington. Todo eso se había desvanecido entre las brumas incurables de la memoria. Pero el muro blanco y la puerta verde aparecían con toda claridad.

A juzgar por su recuerdo de aquella experiencia infantil, al ver por primera vez aquella puerta experimentó una emoción peculiar, una atracción, un deseo de llegar a la puerta y abrirla y cruzarla. Y al mismo tiempo tenía la absoluta convicción de que era insensato o equivocado —no sabía decir si lo uno o lo otro— ceder a esa atracción. Insistió, como dato curioso, en que él supo desde el principio —y a menos que la memoria le jugara una mala pasada— que la puerta estaba abierta y que podía cruzarla cuando quisiera.

Me parece estar viendo la figura de aquel niño, al mismo tiempo atraído y repelido. Y en su mente también estaba muy claro, aunque nunca me explicó por qué razón tenía que ser así, que su padre se enfadaría mucho si entraba por aquella puerta.

Wallace me describió con el mayor detalle esos momentos de duda. Pasó justo delante de la puerta, y entonces, con las manos en los bolsillos y haciendo un intento infantil de silbar, paseó hasta más allá del final del muro. Recuerda que había un buen número de tiendas sórdidas y sucias, y especialmente la de un fontanero y decorador con un polvoriento desorden de tubos de barro, planchas de plomo, grifos, muestrarios de papeles pintados y botes de esmalte. Permaneció allí fingiendo que examinaba estas cosas, y codiciando la puerta verde, deseándola apasionadamente.

Entonces, dijo, le llegó una oleada de emoción. Corrió hacia la puerta verde, para que la duda no le atenazara de nuevo; la abrió de un empujón con la mano extendida y dejó que se cerrara de golpe tras él. Y así, en un santiamén, entró en el jardín que le ha

obsesionado toda su vida.

Era muy difícil para Wallace transmitirme la sensación que le produjo aquel jardín.

Había algo en el aire que regocijaba, que le daba a uno una sensación de ligereza y de acontecimiento venturoso y de bienestar; había algo en él que volvía todos los colores limpios y perfectos y sutilmente luminosos. No bien entraba en él, uno se sentía exquisitamente feliz, como sólo en contados momentos, cuando se es joven y alegre, puede uno sentirse feliz en este mundo. Y allí todo era hermoso...

Wallace reflexionó antes de proseguir con su historia.

—Verás —dijo, con la inflexión de duda del hombre que se detiene ante cosas increíbles—, había dos grandes panteras. Sí, panteras moteadas. Y yo no tenía miedo. Había un sendero largo y ancho con canteros de flores bordeados de mármol a ambos lados, y esas dos bestias enormes y aterciopeladas jugaban allí con una pelota. Una de ellas levantó la vista y vino hacia mí, al parecer un poco curiosa. Vino directa hacia mí, frotó con mucha suavidad su oreja redonda y blanda contra la manita que yo le tendía, y ronroneó. Te digo que era un jardín encantado. Lo sé. ¿Su tamaño? ¡Oh! Se extendía a lo ancho y a lo largo, en todas direcciones. Creo que había unas montañas a lo lejos. Dios sabe adonde había ido a parar de golpe West Kensington. Y, sin embargo, de algún modo era como volver a casa.

»¿Sabes? En el mismo momento en que se cerró la puerta detrás de mí, olvidé la calle con sus hojas de castaño caídas, sus coches de alquiler y los carros de los artesanos, olvidé esa especie de tirón gravitacional que nos une a la disciplina y la obediencia del hogar, olvidé todas las vacilaciones y los miedos, olvidé la discreción, olvidé todas las íntimas realidades de esta vida. En un momento me convertí en un niño feliz y maravillado, que estaba en otro mundo. Era un mundo de una naturaleza diferente, con una luz más cálida, más penetrante y más suave, con un aire claro y alegre, y con bandadas de nubes teñidas por el sol en el azul del cielo. Y delante de mí se extendía, tentadoramente, ese sendero largo y ancho, con mazizos sin hierbajos a cada lado, profusos de flores creciendo en libertad, y esas dos grandes panteras. Puse sin temor mis manitas en la suavidad de su piel, y acaricié sus orejas redondas y el hueco

sensible que se ocultaba tras ellas, y jugué con las dos panteras, y era como si me estuvieran dando la bienvenida al hogar. Notaba en mi mente una aguda sensación de estar regresando a casa, y cuando en el sendero apareció una muchacha alta y hermosa, y vino hacia mí, sonriendo, y me dijo “¿Y bien?”, y me levantó y me besó y volvió a ponerme en el suelo y me llevó de la mano, no sentí ningún asombro, sino sólo una impresión de delicioso bienestar, de que me estaban recordando una dicha que de alguna extraña forma me había sido arrebatada. Recuerdo que había unas anchas escaleras rojas que aparecieron a la vista entre espigas de consuelda, y después de subirlas llegamos a una gran avenida que discurría entre árboles de denso follaje, viejos y oscuros. A lo largo de esta avenida, entre los troncos rojos y agrietados, había señoriales asientos de mármol y estatuas, y palomas blancas muy dóciles y sociables.

»Mi amiga me condujo a lo largo de esta fresca avenida, con la vista baja (recuerdo las facciones agradables, la barbilla finamente modelada en la amable dulzura de su rostro), haciéndome preguntas con su voz suave y acariciadora, y contándome cosas, cosas agradables, estoy seguro, aunque nunca pude recordar cuáles eran... De repente un mono capuchino, muy limpio, con la piel de un marrón rojizo y unos ojos amables de color avellana, bajó hasta nosotros desde un árbol y corrió junto a mí, mirándome y sonriendo, y de repente saltó hasta mi hombro. Así seguimos los dos nuestro camino, muy felices.

Se detuvo.

—Continúa —le dije.

—Recuerdo detalles. Recuerdo que pasamos junto a un anciano que meditaba entre laureles, y un lugar bullicioso de papagayos, y a través de un ancho peristilo sombreado llegamos a un palacio fresco y espacioso, lleno de agradables fuentes, lleno de cosas hermosas, lleno de todo cuanto el corazón pudiera desear. Y había muchas cosas y muchas personas, algunas de las cuales aún recuerdo con claridad, mientras que otras se han vuelto más vagas; pero todas esas personas eran hermosas y amables. De algún modo (no sé cómo) se me comunicó que todas me apreciaban, que todas estaban contentas de tenerme allí, y me llenaban de alegría con sus gestos, con el tacto de sus manos, con el brillo de bienvenida y de amor que había en sus ojos. Sí...

Meditó durante un rato.

—Allí encontré compañeros de juego. Esto era importante para mí, porque yo era un niño solitario. Jugaban a juegos encantadores en un patio cubierto de hierba, donde había un reloj de sol hecho de flores. Y a medida que jugaba iba amando...

»Pero, es extraño, hay un vacío en mi memoria. No recuerdo los juegos a los que jugamos. Nunca los recordé. Más tarde, de chico, pasé largas horas intentando recordar, incluso con lágrimas, la forma de aquella felicidad. Quería volver a jugar de nuevo, en mi cuarto de juegos, solo. ¡No! Todo lo que recuerdo es la felicidad y a los dos compañeros de juego que fueron tan cariñosos conmigo... Entonces apareció de golpe una mujer morena y sombría, de cara grave y pálida y ojos soñadores, una mujer sombría que llevaba un hábito liso y largo de un color púrpura pálido, y que portaba un libro, y me hizo señas y me llevó aparte con ella hasta una galería que daba a un vestíbulo, si bien mis compañeros se resistían a dejar que yo me marchara, y dejaron de jugar y continuaron mirándome mientras se me llevaban. “¡Vuelve con nosotros!”, gritaban. “¡Vuelve pronto con nosotros!”. Levanté la vista hacia el rostro de la mujer, pero ella no les hizo el menor caso. Su rostro era muy amable y grave. Me llevó a un asiento de la galería, y me quedé de pie junto a ella, dispuesto a mirar el libro mientras lo abría sobre sus rodillas. Las páginas se abrieron. Ella señaló, y miré, maravillado, porque en las páginas vivas de aquel libro me vi a mí mismo; era una historia sobre mí mismo, y en ella estaban todas las cosas que me habían ocurrido desde mi nacimiento...

»Me pareció maravilloso, porque en las páginas de aquel libro no había dibujos, ¿entiendes?, sino realidades.

Wallace se detuvo gravemente, me miró dubitativo.

—Continúa —le dije—. Te entiendo.

—Eran realidades, sí, tienen que haberlo sido; la gente se movía y las cosas iban y venían; mi querida madre, a la que casi había olvidado; luego mi padre, severo e inflexible; los criados, el cuarto de los juegos, todas las cosas familiares de mi hogar. Y luego la puerta principal y las calles atareadas, con el tráfico yendo y viniendo. Miré y me quedé maravillado, y miré de nuevo, con aire un poco dubitativo, el rostro de la mujer y pasé las páginas, saltándome algunas, para ver más y más cosas de aquel libro, y así,

al final, llegué al momento en que, indeciso y vacilante, me hallaba ante la puerta verde del largo muro blanco, y sentí de nuevo el conflicto y el miedo.

»«¿Y entonces?», grité, y hubiera pasado la página, pero la mano fría y grave de la mujer me lo impidió.

»«¿Entonces?», insistí, y forcejeé suavemente con su mano, apartando sus dedos con toda mi fuerza infantil, y mientras ella cedía y yo pasaba la página se inclinó sobre mí como una sombra y me besó la frente.

»Pero lo que se veía en la página no era el jardín encantado, ni las panteras, ni la muchacha que me había llevado de la mano, ni los compañeros de juego que tanto se habían resistido a dejarme marchar. Lo que se veía era una calle larga y gris, en West Kensington, a esa fría hora de la tarde en que aún no se han encendido las farolas; y yo estaba allí, como una figurita desamparada, llorando a lágrima viva, que era todo lo que podía hacer para buscar consuelo, y lloraba porque no podía regresar con mis queridos compañeros de juego, que me habían gritado: “¡Vuelve con nosotros! ¡Vuelve pronto con nosotros!”. Yo estaba allí. Esto no eran las páginas de un libro, sino la cruda realidad; aquel lugar encantado y la mano disuasora y grave de la madre junto a cuyas rodillas yo había permanecido de pie se habían ido... ¿Adónde se habían ido?

De nuevo hizo una pausa, y durante un rato permaneció mirando fijamente el fuego.

—¡Oh, el desconsuelo de aquel regreso! —murmuró.

—¿Y bien? —dije, transcurrido aproximadamente un minuto.

—¡Qué infeliz me sentía, devuelto otra vez a este mundo gris! Mientras me daba cuenta de la plenitud de lo que me había ocurrido, me abandoné a un dolor absolutamente ingobernable. Y todavía conservo la vergüenza y la humillación de aquel llanto en público y de mi desgraciada vuelta a casa. Vuelvo a ver a aquel viejo caballero de aspecto benevolente y gafas doradas que se detuvo y me habló, no sin antes pincharme con su paraguas. “Pobrecillo”, dijo. “¿Así que te has perdido?”. ¡Yo, un niño londinense de más de cinco años! Y, claro, tuvo necesidad de recurrir a un joven y amable policía y convertirme en un espectáculo público para llevarme a casa. Sollozando, llamativo y

asustado: fue así como regresé del jardín encantado a las escaleras de la casa de mi padre.

»No puedo precisar más mi visión de aquel jardín; aquel jardín que todavía me obsesiona. Por supuesto, nada puedo transmitir de aquella indescriptible calidad de irrealidad translúcida que lo teñía todo, de aquella diferencia respecto de las cosas comunes de la experiencia; pero eso, eso es lo que ocurrió. Si fue un sueño, estoy seguro de que fue un sueño diurno y completamente extraordinario... ¡Hum! Luego vino, naturalmente, un terrible interrogatorio por parte de mi tía, de mi padre, de la niñera, de la institutriz: de todo el mundo.

»Intenté contárselo todo, pero mi padre me zurró por primera vez por decir mentiras. Cuando más tarde intenté contárselo a mi tía, me castigó otra vez por mi perversa insistencia. Luego, como ya dije, a todo el mundo se le prohibió escucharme, oír una sola palabra sobre ello. Durante un tiempo incluso me quitaron mis libros de cuentos de hadas, porque yo era demasiado “imaginativo”. ¡Ah, sí! ¡Eso fue lo que hicieron! Mi padre pertenecía a la vieja escuela... Y me quedé solo con mi historia. Se la murmuraba a mi almohada, que a menudo mis labios murmurantes notaban húmeda y salada de lágrimas infantiles. Y yo añadía siempre a mis plegarias oficiales y menos fervorosas este sentido ruego: “Por favor, Dios mío, déjame soñar con mi jardín. ¡Oh! Llévame otra vez a mi jardín”. ¡Llévame otra vez a mi jardín! Soñaba a menudo con el jardín. Puedo haberle añadido cosas, puedo haberlo cambiado; no lo sé... Todo esto, compréndelo, es un intento de reconstruir una experiencia muy temprana a partir de recuerdos fragmentarios. Entre éste y los recuerdos posteriores de mi juventud hay un abismo. Llegó un momento en que pareció imposible que yo fuera a hablar de nuevo de esa visión de maravilla.

Hice una pregunta obvia.

—No —dijo—. No recuerdo haber intentado encontrar el camino de vuelta al jardín en esos primeros años. Ahora me parece extraño, pero creo que muy probablemente, después de este percance, se me vigiló de cerca para evitar que me extraviara. No, hasta que tú me conociste no intenté buscar el jardín de nuevo. Y creo que, por muy increíble que ahora parezca, hubo un periodo en que olvidé el jardín por completo; debe de haber sido cuando tenía ocho o nueve

años. ¿Me recuerdas de niño en Saint Athelstan's?

—¡Claro!

—¿Verdad que en aquellos días yo no mostraba ningún síntoma de tener un sueño secreto?

II

Levantó la vista con una sonrisa súbita.

—¿Jugaste alguna vez al Pasaje al Noroeste conmigo?... ¡No, claro, tú no venías por mi camino!

»Era el tipo de juego —continuó— que todos los niños imaginativos se pasan el día jugando. Todo consistía en buscar un Pasaje al Noroeste para llegar al colegio. El camino al colegio era bastante fácil; el juego consistía en encontrar un camino que no fuese fácil, saliendo diez minutos antes en una dirección casi imposible y dando un rodeo hacia mi objetivo a través de calles desconocidas. Y un día me extravié por unas calles bastante humildes, al otro lado de Campden Hill, y empecé a pensar que por una vez el juego se volvería contra mí y que llegaría tarde al colegio. Con cierta ansiedad me metí en una calle que parecía un callejón sin salida, y encontré un pasaje al final. Me lancé por él con renovadas esperanzas. “Voy a conseguirlo, después de todo”, me dije, y me encontré delante de una hilera de tiendecillas menesterosas que me eran inexplicablemente familiares, ¡y cuál no fue mi sorpresa cuando me vi ante mi largo muro blanco y la puerta verde que llevaba al jardín encantado!

»Aquel descubrimiento me golpeó con fuerza inusitada. ¡Entonces, después de todo, aquel jardín, aquel maravilloso jardín, no era un sueño!

Hizo una pausa.

—Supongo que mi segunda experiencia con la puerta verde señala la diferencia abismal que hay entre la atareada vida de un colegial y el ocio infinito de un niño. De cualquier forma, esta segunda vez no pensé ni por un momento en entrar de inmediato. Entiéndelo. En primer lugar, no podía pensar más que en la idea de llegar al colegio a tiempo, para no estropear mis notas de puntualidad. Sin duda debo de haber sentido por lo menos algún pequeño deseo de abrir la puerta. Sí, debo de haberlo sentido... Pero me parece recordar la atracción de la puerta sobre todo como otro obstáculo contra mi irresistible determinación de llegar al colegio. Por supuesto estaba inmensamente interesado por el descubrimiento que acababa de hacer, y continué andando sin poder pensar en otra cosa, pero continué andando. No me frenó. Pasé corriendo por delante, me saqué el reloj de un tirón, vi que todavía me quedaban diez minutos, y en seguida estaba bajando hacia un entorno familiar. Llegué sin aliento al colegio, es verdad, y empapado de sudor, pero a tiempo. Me recuerdo colgando el abrigo y el sombrero... Había pasado junto a ella y la había dejado atrás. ¿Extraño, verdad?

Me miró pensativamente.

—Por supuesto, yo no sabía entonces que la puerta no siempre estaría allí. Los colegiales tienen una imaginación limitada. Supongo que pensé que era absolutamente fantástico tenerla allí, saber cómo se volvía a ella; pero la idea del colegio tiraba de mí. Me imagino que aquella mañana estuve bastante poco atento, y distraído, recordando cuanto podía a la gente maravillosa y extraña que ahora podría ver de nuevo. Es extraño, pero no albergaba ninguna duda de que a ellos les alegraría verme... Sí, aquella mañana apenas debí de pensar en el jardín más que como en una especie de lugar maravilloso al que uno podía recurrir en los interludios de una extenuante carrera escolar.

»Aquel día no volví. Al día siguiente era fiesta por la tarde, y eso debe de haber influido sobre mí. Es posible, también, que mi estado de distracción me acarrearra algún castigo y recortara el margen de tiempo necesario para dar el rodeo. No lo sé. Lo que sí sé es que mientras tanto el jardín encantado me obsesionaba hasta el punto de que no pude mantenerlo en secreto.

»Se lo conté a ¿cómo se llamaba?, un muchacho con cara de hurón al que habíamos apodado Squiff.

—Hopkins —dije.

—Exacto, Hopkins. No me gustaba la idea de contárselo. Tenía la sensación de que hacerlo de algún modo iba contra las reglas, pero se lo conté. Él hacía parte del camino hacia casa conmigo, a pie; era hablador, y si no hubiéramos hablado del jardín encantado habríamos hablado de alguna otra cosa, y a mí me resultaba intolerable pensar en cualquier otro asunto. Así que lo solté.

»Bien, no guardó el secreto. Al día siguiente, en el recreo, me encontré rodeado de media docena de muchachos mayores que, medio en broma, sentían una gran curiosidad por saber más cosas del jardín encantado. Estaba aquel grandullón de Fawcett (¿te acuerdas de él?) y Carnaby y Morley Reynolds. ¿No estabas tú allí por casualidad? No, creo que me acordaría si hubieras estado allí...

»Un muchacho es una criatura de extraños sentimientos. A pesar de mi secreta sensación de disgusto, estoy seguro de que me sentía un poco halagado por haber atraído la atención de esos grandullones. Recuerdo en especial el momento de placer que me produjo el elogio de Crawshaw —¿te acuerdas de Crawshaw el mayor, el hijo del compositor Crawshaw?—, que dijo que era la mejor mentira que había oído nunca. Pero al mismo tiempo me sentía invadido por una sensación de vergüenza realmente penosa por haber contado lo que yo sentía que era un secreto sagrado. El animal de Fawcett hizo una broma sobre la muchacha de verde...

La voz de Wallace se apagó con el intenso recuerdo de aquella vergüenza.

—Fingí que no había oído —dijo—. Bueno, entonces Carnaby me llamó de repente jovencito mentiroso, y discutió conmigo cuando le dije que todo era verdad. Dije que sabía dónde estaba la puerta verde, que podía llevarles hasta ella en diez minutos. Carnaby se volvió insultantemente virtuoso, y dijo que tendría que hacerlo: que tendría que demostrar lo que estaba diciendo o atenerme a las consecuencias. ¿Carnaby te retorció alguna vez el brazo? Entonces quizá comprenderías lo que hizo conmigo. Juré que mi historia era cierta. Entonces no había nadie en el colegio que pudiera salvar a un chiquillo de la ira de Carnaby, aunque Crawshaw dijo alguna cosa para ayudarme. Carnaby se había salido

con la suya. Me excité y me ruboricé, y me asusté un poco. Me comporté absolutamente como un muchachito tonto, y el resultado de todo ello fue que, en vez de partir yo solo hacia mi jardín encantado, pasé inmediatamente a encabezar (con las mejillas encarnadas, las orejas calientes, los ojos violentos y el alma ardiendo de angustia y vergüenza) una partida de seis compañeros de colegio burlones, curiosos y amenazadores.

»Nunca encontramos el muro blanco y la puerta verde...

—Quieres decir que...

—Quiero decir que no pude encontrarlos. Los habría encontrado si hubiera podido.

»Y más tarde, cuando pude ir solo, tampoco pude encontrarlos. Nunca los encontré. Ahora me parece haber estado siempre buscándolos mientras fui al colegio, pero no di con ellos nunca. Nunca.

—¿Y los compañeros? ¿Se pusieron desagradables?

—Muy desagradables... Carnaby organizó un consejo para acusarme de mentir gratuitamente. Recuerdo que entré a escondidas en mi casa y subí a mi cuarto para ocultar las huellas de mi lloriqueo. Pero cuando me cansé de llorar hasta quedarme por fin dormido, no lloraba por culpa de Carnaby, sino por el jardín, por la hermosa tarde que había estado esperando pasar allí, por la dulce y hermosa mujer y los compañeros de juego que me aguardaban, y por el juego que yo esperaba aprender de nuevo, aquel juego hermoso y olvidado...

»Creía firmemente que si no lo hubiera contado... Lo pasé muy mal después de aquello: de noche lloraba, y me pasaba el día en Babia. Durante dos trimestres descuidé el estudio y tuve malas notas. ¿Te acuerdas? ¡Claro que te acuerdas! Fuiste tú, fue el hecho de que tú sacaras mejores notas que yo en matemáticas lo que me hizo volver de nuevo a estudiar.

III

Durante un rato mi amigo miró fija y silenciosamente el rojo corazón del fuego. Luego dijo:

—No volví a verlo hasta que tuve diecisiete años. Apareció ante mis ojos por tercera vez mientras conducía hacia la estación de Paddington, de camino hacia Oxford para conseguir una beca. Fue apenas un fogonazo. Estaba inclinado hacia delante en mi simón, fumando un cigarrillo, y sin duda pensando en mí mismo como en un hombre de mundo, y de repente ahí estaba la puerta, el muro, la querida sensación de cosas inolvidables y que estaban todavía a mi alcance.

»Corríamos ruidosamente, y la sorpresa fue demasiado fuerte como para que yo detuviera el coche antes de que hubiéramos pasado de largo y hubiéramos doblado una esquina. Entonces ocurrió algo extraño, mi voluntad hizo un movimiento doble y divergente: golpeé la portezuela que había en el techo del coche y bajé mi brazo para quitarme el reloj. “Sí, señor”, dijo con rapidez el cochero. “Este..., bueno, no es nada”, grité. “¡Ha sido un error! ¡No tenemos tiempo! ¡Siga!”. Y siguió...

»Conseguí la beca. Y la noche después de que se me comunicó la noticia, yo estaba sentado junto al fuego de mi pequeña habitación de arriba, mi estudio, en casa de mi padre, mientras resonaban en mis oídos sus elogios (sus raros elogios) y sus sensatos consejos, fumando mi pipa favorita (la pipa formidable de la adolescencia) y pensando en aquella puerta del muro largo y blanco. ¡“Si me hubiera parado”, pensaba, “habría perdido la beca, habría perdido Oxford, habría echado a perder la excelente carrera que tengo ante mí! ¡Empiezo a ver las cosas con claridad”!. Me sumí en una profunda meditación, pero ya no dudaba de que mi carrera era algo que merecía la pena.

»Aquellos queridos amigos y aquella atmósfera transparente me parecían muy dulces, muy agradables, pero remotos. Mi atención estaba ahora fijada en el mundo. Vi otra puerta que se abría: la

puerta de mi carrera.

Contempló de nuevo el fuego, fijamente. Durante un segundo la luz roja hizo brotar de su rostro una fuerza testaruda, que se desvaneció en seguida.

—Bien —dijo, y suspiró—, me he entregado a esa carrera. He trabajado mucho y con mucho empeño. Pero he soñado mil veces con el jardín encantado, y desde entonces he visto su puerta cuatro veces, o por lo menos la he entrevisto. Sí, cuatro veces. Por un tiempo este mundo fue tan atractivo e interesante, parecía tan lleno de significado y de oportunidades, que el encanto medio borroso del jardín resultaba por comparación suave y remoto. ¿Quién quiere palmear panteras mientras acude a cenar con hermosas mujeres y hombres distinguidos? Vine a Londres desde Oxford, convertido en un hombre en quien se habían depositado grandes esperanzas que he hecho lo posible por cumplir. Lo posible; y sin embargo ha habido decepciones...

»Me he enamorado dos veces. No voy a detenerme en eso, pero en una ocasión, mientras iba al encuentro de una persona que, estaba seguro, dudaba de que yo me atreviera a ir a verla, tomé al azar un atajo que atravesaba una calle poco frecuentada, cerca de Earl's, y así me topé con un muro blanco y con la puerta verde y familiar. “¡Qué raro!”, me dije, “pensé que este sitio estaba en Campden Hill. Es aquel sitio que no hay forma de encontrar — porque hacerlo es tan difícil como echar las cuentas de Stonehege —, el sitio de aquel extraño sueño diurno que tuve”. Y pasé de largo concentrado en mi propósito. Aquella tarde no ejercía ningún atractivo sobre mí.

»Apenas tuve durante un momento el impulso de tantear la puerta, que estaba como mucho a tres pasos de distancia de mí — aunque en mi fuero interno estaba seguro de que se abriría—, y entonces pensé que hacerlo podía obligarme a llegar tarde a la cita en la que mi honor estaba comprometido. Más tarde lamenté mi puntualidad. Por lo menos podía haber echado un vistazo y saludado con la mano a las panteras, pero para entonces ya sabía que no hay que buscar tardíamente aquello que no se ha encontrado buscándolo. Sí, aquella vez lo lamenté de verdad...

»Después de esto pasaron años de intenso trabajo, y nunca volví a ver la puerta. Sólo recientemente ha vuelto a aparecer. Y con ella

ha llegado una sensación como de que un delgadísimo velo se hubiera extendido sobre mi mundo. Empecé a pensar que era algo doloroso y amargo no volver a ver nunca más aquella puerta. Quizá estaba padeciendo por el exceso de trabajo; quizá se trataba de eso que llaman la crisis de los cuarenta, de la que tanto he oído hablar. No lo sé. Pero ciertamente la lucidez que facilita el esfuerzo ha desaparecido hace poco, y justo en el momento en que, con todos estos nuevos acontecimientos políticos, yo debería estar trabajando. Es extraño, ¿verdad? Pero la vida empieza a hacérseme fatigosa, y sus recompensas, a medida que me acerco a ellas, me parecen carentes de interés. Hace poco tiempo empecé a desear el jardín fervientemente. Sí, y lo he visto tres veces.

—¿El jardín?

—¡No, la puerta! ¡Y no he entrado!

Se inclinó hacia mí sobre la mesa, mientras hablaba con una enorme pesadumbre en la voz.

—He tenido tres oportunidades. ¡Tres! Juro que si esa puerta vuelve a presentarse ante mí de nuevo, entraré, dejaré atrás las fatigas de este mundo, los inútiles resplandores de la vanidad, la futilidad de estas pesadumbres. Entraré y no volveré nunca. Esta vez me quedará... Lo juraba, y cuando llegaba el momento, no entraba.

»En un año pasé tres veces por delante de aquella puerta y no me decidí a entrar. Tres veces el año pasado.

»La primera vez fue la noche del duro enfrentamiento sobre la Ley de Rescate de Arrendamientos, en la que el gobierno se salvó por una mayoría de tres votos. ¿Te acuerdas? Ninguno de los nuestros, y quizá muy pocos de los miembros de la oposición, esperaba que el asunto concluyera aquella noche. Entonces el debate se deshizo como un castillo de naipes. Hotchkiss y yo estábamos cenando con su primo en Brentford; los dos estábamos sin pareja, y nos llamaron por teléfono y salimos de inmediato en el coche de su primo. Llegamos justo a tiempo, y de camino hacia allí pasamos por delante del muro y la puerta, pálida a la luz de la luna, manchada de un amarillo cálido cuando el resplandor de los faros la iluminó, pero inconfundible. “¡Dios mío!”, exclamé. “¿Qué pasa?”, dijo Hotchkiss. “Nada”, respondí, y pasó el momento.

»“He hecho un gran sacrificio”, le dije al jefe del grupo

parlamentario al entrar. “Todos lo han hecho”, me dijo, y se alejó deprisa.

»No veo cómo hubiera podido hacer otra cosa en aquel momento. Y la siguiente ocasión fue cuando corría hacia el lecho de mi padre para darle a aquel anciano severo el último adiós. También entonces las exigencias de la vida eran imperiosas. Pero la tercera vez fue distinta; ocurrió hace una semana. Sólo el hecho de recordarlo me llena de horribles remordimientos. Yo estaba con Gurker y Ralph; como sabes, ahora ya no es ningún secreto que he tenido una conversación con Gurker. Habíamos estado cenando en Frobisher, y la conversación se había vuelto íntima. La cuestión del lugar que yo debía ocupar en la reorganización del ministerio permanecía siempre en los aledaños de la discusión. Sí, sí. Todo eso está decidido. Es mejor no hablar de ello todavía, pero no hay ninguna razón para no revelarte el secreto... Sí, ¡gracias, gracias! Pero déjame que te cuente mi historia.

»Aquella noche las cosas estaban casi del todo en el aire. Mi posición era muy delicada. Yo estaba verdaderamente ansioso por obtener una palabra definitiva de Gurker, pero la presencia de Ralph era un obstáculo. Estaba poniendo lo mejor de mí mismo para que esa conversación ligera y descuidada no apuntara demasiado obviamente al asunto que me concernía. No tenía más remedio que hacerlo. El comportamiento que Ralph ha mantenido desde entonces ha justificado de sobra mi precaución... Yo sabía que Ralph nos dejaría una vez pasada la High Street de Kensington, y entonces podría sorprender a Gurker con mi brusca franqueza. A veces uno tiene que recurrir a estas pequeñas argucias... Y fue entonces cuando una vez más apareció en los márgenes de mi campo visual el muro blanco, y la puerta verde estaba ante nosotros, calle abajo.

»Pasamos por delante de ella, charlando. Pasé por delante de ella. Aún puedo ver la sombra del acusado perfil de Gurker, el sombrero de copa inclinado sobre su prominente nariz, los numerosos pliegues de su bufanda por delante de mi sombra y de la de Ralph, mientras proseguíamos lentamente nuestro camino.

»Pasé a veinte pulgadas de la puerta. “Si les digo buenas noches y entro”, me pregunté, “¿qué puede pasar?”. Pero estaba pendiente de aquella palabra de Gurker.

»Enredado en la maraña de mis otros problemas, no pude responder a aquella pregunta. “Creerán que estoy loco”, pensé. “Y supongamos que desaparezco ahora. ¡Sorprendente desaparición de un importante político!”. Eso pesó demasiado. Un millar de inconcebibles y mezquinas consideraciones mundanas pesaron sobre mí en esa crisis.

Entonces se volvió hacia mí con una sonrisa dolorida y hablando con lentitud dijo:

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! —repitió—. Y he perdido mi oportunidad. En un año la puerta se me ha ofrecido tres veces, aquella puerta que conduce a la paz, al deleite, a una belleza que está más allá de lo que se pueda soñar, a una bondad que ningún hombre puede conocer en la Tierra. Y yo la he rechazado, Redmond, y ha desaparecido...

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Lo sé. Sólo me queda, para intentar expiar mi error, aferrarme a las tareas que me retuvieron con tanta fuerza cuando llegaron aquellos momentos. Dices que tengo éxito, esa cosa vulgar, indigna, fastidiosa y envidiada. Lo tengo. Tenía una nuez en su enorme mano. —Si esto fuera mi éxito— dijo, y la aplastó, y me la enseñó para que la viera.

»Déjame que te diga una cosa, Redmond. Esta pérdida está destruyéndome. Desde hace dos meses, ya casi diez semanas, no he trabajado en absoluto, apenas he cumplido con las obligaciones más necesarias y urgentes. Mi alma está llena de implacables remordimientos. De noche, cuando es más difícil que alguien me reconozca, salgo a la calle. Vagabundo. Sí. Me pregunto qué es lo que pensaría la gente si lo supiera. Un ministro del gabinete, el responsable del departamento más vital de todos, vagabundeando solo, apesadumbrado, a veces casi lamentándose audiblemente... ¡por una puerta, por un jardín!

IV

Ahora puedo ver la palidez de su cara, y el fuego sombrío e insólito que le ardía en los ojos. Le veo muy vívidamente esta noche. Estoy sentado recordando sus palabras, el tono de su voz, y la *Wensminster Gazette* de ayer por la tarde está todavía en mi sofá, con la noticia de su muerte. Hoy a la hora del almuerzo el club hervía con la noticia de su muerte. No se hablaba de otra cosa.

Encontraron su cuerpo ayer, muy de mañana, en una profunda excavación cercana a la estación de East Kensington. Es uno de los dos pozos que se han hecho en conexión con una extensión de los ferrocarriles del sur. Está protegida de la intrusión del público por una valla situada en la parte alta de la calle, en la que se ha abierto una portezuela para uso de los trabajadores que viven en aquella dirección. La puerta quedó abierta por un malentendido entre dos miembros de la cuadrilla, y por ahí entró mi amigo.

Un sinfín de preguntas y enigmas me nubla la mente.

Parece que aquella noche hizo todo el trayecto a pie desde la Cámara. Durante la última legislatura solía volver con frecuencia a casa andando, y así es como me imagino su oscura silueta caminando por las calles desiertas y tardías, arropada y absorta. ¿Fue entonces cuando la palidez de las luces eléctricas cercanas a la estación dotaron a la tosca valla de un parecido con el blanco? ¿Despertó algún recuerdo en él aquella puerta fatal y entreabierta?

¿O hubo allí alguna vez, después de todo, una puerta verde en el muro?

No lo sé. Yo he contado esta historia como él me la contó a mí. Hay veces en que pienso que Wallace no fue más que la víctima de la coincidencia entre un extraño tipo de alucinación, que sin embargo no carece de precedentes, y una trampa tendida por el descuido, pero ni siquiera eso lo creo de verdad. Pueden ustedes llamarme supersticioso, si lo desean, y disparatado, pero la verdad es que estoy bastante convencido de que mi amigo poseía en verdad un don anormal, y un sentido, algo (no sé qué) que bajo la

apariencia de una pared y una puerta le ofrecía una salida, una vía de escape secreta y peculiar hacia un mundo distinto y mucho más hermoso. En cualquier caso, dirán ustedes, al final este mundo le traicionó. Pero ¿le traicionó realmente? Aquí tocamos el más íntimo misterio de estos soñadores, de estos hombres visionarios e imaginativos. Para nosotros el mundo está lleno de cosas vulgares y comunes, como una valla o un foso. De acuerdo con nuestras normas mi amigo salió de la seguridad para hundirse en la oscuridad, en el peligro y la muerte.

Pero ¿fue realmente así para él?

El país de los ciegos

A más de trescientas millas de Chimborazo y a cien de las nieves de Cotopaxi, en el territorio más agreste de los Andes ecuatoriales, se halla el país de los ciegos, un misterioso valle entre montañas, apartado del mundo de los hombres. Hace muchos años ese valle estaba tan abierto al mundo que los hombres podían alcanzar sus uniformes praderas a través de pavorosos barrancos y helados desfiladeros; y en verdad unos hombres lograron acceder a él, una o dos familias de mestizos peruanos que huían de la codicia y la tiranía de un malvado gobernante español. Entonces tuvo lugar la asombrosa erupción del Mindobamba, cuando Quito se sumió en la oscuridad durante diecisiete días, y el agua hirvió en Yaguachi y todos los peces flotaban muertos hasta Guayaquil; por todas partes, a lo largo de las pendientes del Pacífico, hubo deslizamientos y veloces deshielos y bruscas inundaciones, y toda una ladera de la antigua cumbre del Arauca se desprendió y cayó con estruendo, y aisló para siempre el país de los ciegos de los inquisitivos pies de los hombres. Pero por casualidad uno de esos tempranos pobladores se hallaba al otro lado de los barrancos cuando el mundo padeció esa terrible sacudida, y se vio obligado a olvidar a su mujer y a sus hijos y a todos los amigos y posesiones que había dejado allá arriba, y a empezar una nueva vida en el mundo de abajo. Empezó de nuevo, pero lo hizo enfermo; se quedó ciego, y murió de malos tratos en las minas; pero la historia que contó engendró una leyenda que ha perdurado a todo lo largo de la Cordillera de los Andes hasta hoy.

Refirió el motivo que le había impulsado a atreverse a

abandonar aquella intrincada espesura a la que había sido llevado por vez primera atado a una llama, junto a un enorme montón de bártulos, cuando era niño. El valle, dijo, tenía todo lo que el corazón de un hombre podía desear: agua dulce, pastos y buen clima, laderas de tierra fértil y rica, con marañas de arbustos que daban excelentes frutos, y, colgados de una ladera, grandes bosques de pinos que detenían las avalanchas. En lo alto, por tres lados, vastos acantilados de roca gris y verde estaban coronados de hielo; pero la corriente del glaciar no llegaba hasta ellos, sino que se derramaba por las pendientes más alejadas, y sólo de vez en cuando caían del lado del valle grandes masas de hielo. En el valle no llovía ni nevaba, pero los abundantes manantiales producían un pasto verde y rico, que el riego extendía por todo el espacio del valle. Lo cierto es que los pobladores prosperaban. Sus animales se criaban bien y se multiplicaban, y sólo una cosa enturbiaba su felicidad. Pero era suficiente para enturbiarla de verdad. Una extraña enfermedad se había abatido sobre ellos, y había hecho que todos los niños nacidos allí —e incluso también algunos otros de mayor edad— se quedaran ciegos. Fue para buscar algún amuleto o antídoto contra esta plaga de la ceguera por lo que, con fatiga y peligro y dificultad, tuvo que bajar de nuevo por la garganta. En aquellos tiempos, y en casos como éste, los hombres no pensaban en gérmenes o en infecciones, sino en pecados; y a él se le ocurrió que el motivo de esta aflicción tenía que residir en el hecho de que estos inmigrantes sin sacerdote no habían levantado un altar tan pronto como habían entrado en el valle. Quería que se erigiera un altar en el valle, un altar hermoso, barato y eficaz; quería reliquias y otros símbolos poderosos de la fe, como objetos bendecidos y misteriosas medallas y oraciones. En una bolsa llevaba una barra de plata nativa, de cuya procedencia no quiso hablar y, con la insistencia de un embustero inexperto, insistió en que no había plata en el valle. Afirmó que, puesto que apenas tenían necesidad de esos tesoros allí arriba, habían fundido sus monedas y ornamentos para obtener la barra y comprar con ella el sagrado remedio contra su enfermedad. Me imagino a este joven montañero de mirada oscura, tostado por el sol, escuálido y ansioso, sujetando febrilmente el ala del sombrero, un hombre que había olvidado las costumbres del mundo de abajo, contándole esta historia a algún sacerdote de mirada

atenta y penetrante, antes de la gran convulsión; y puedo representármelo luego intentando regresar con los píos e infalibles remedios contra aquel problema, y la infinita consternación con la que debió de enfrentarse a la magnitud de la catástrofe que había taponado la garganta de la que un día había salido. Ignoro el resto de su historia de desventuras, salvo que murió varios años después en trágicas circunstancias. ¡Pobre hombre extraviado de aquella lejanía! La corriente que en otro tiempo había creado la garganta brota ahora de la boca de una caverna rocosa, y la leyenda que arrancó de su pobre y mal contada historia se ha convertido en la leyenda de una raza de ciegos que viven en alguna parte, «por ahí», y de la que todavía hoy puede oírse hablar.

Y en medio de la pequeña población de aquel valle ahora aislado y olvidado la enfermedad siguió su curso. Los ancianos se volvieron cegatos y andaban a tientas, los jóvenes veían apenas, y sus hijos no alcanzaron a ver nunca. Pero la vida era muy agradable en aquel cuenco de bordes montañosos y nevados, perdido para el mundo, sin zarzas ni espinas, sin insectos dañinos ni bestias, excepto la dulce raza de las llamas a las que habían arrastrado y empujado y seguido al remontar los cauces de los ríos desmedrados hacia las gargantas por las que habían ascendido. Los que veían se habían vuelto completamente ciegos de una forma tan gradual que apenas notaron la pérdida. Guiaban a los niños ciegos de aquí para allá hasta que conocían maravillosamente el valle entero, y cuando por fin la vista se agotó entre ellos, la raza sobrevivió. Incluso tuvieron tiempo de acostumbrarse a controlar a ciegas el fuego, que encendían con cuidado en hornos de piedra. Al principio fueron una raza simple, analfabeta, apenas rozada por la civilización española, pero con algunos rudimentos de la tradición artística del antiguo Perú y de su perdida filosofía. Las generaciones se sucedían. Olvidaron muchas cosas; inventaron muchas otras. La tradición del mundo mayor del que procedían se convirtió en algo mítico e incierto. Con todas las cosas, excepto con la vista, eran fuertes y capaces; y, por los azares del nacimiento y la herencia, apareció entre ellos alguien que tenía una mente original y que podía hablar y persuadir, y luego apareció otro. Estos dos murieron, no sin dejar huella, y la pequeña comunidad creció en número y en capacidad de comprensión, y se enfrentó y resolvió los problemas económicos

y sociales que se presentaban. Las generaciones se sucedían. Llegó un momento en que nació un niño que era quince generaciones más joven que aquel antepasado que salió del valle con una barra de plata para buscar la ayuda de Dios, y que no regresó nunca. Aproximadamente por entonces llegó por azar a esta comunidad un hombre del mundo exterior. Y esta es la historia de aquel hombre.

Era un montañero de una zona cercana a Quito, un hombre que había bajado hasta el mar y había visto mundo, un original lector de libros, un hombre agudo y emprendedor, y un grupo de ingleses que había venido al Ecuador a escalar montañas le contrató para reemplazar a uno de sus tres guías suizos, que había caído enfermo. Escaló varias montañas, y cuando llegó el intento de escalar el Parascotopetl, el Matterhorn de los Andes, quedó aislado del mundo exterior. La historia del accidente se ha escrito una docena de veces. La narración de Pointer es la mejor. Este cuenta cómo el grupo subió por un camino difícil y casi vertical hasta el mismo pie del último precipicio, el más alto de todos, y cómo construyeron, sobre el pequeño saliente de una roca, entre la nieve, un refugio nocturno y, con un toque de auténtico dramatismo, cómo descubrieron entonces que Núñez había desaparecido. Gritaron, y no hubo respuesta; gritaron y silbaron, y durante el resto de la noche ya no pudieron dormir.

Al romper el alba vieron las huellas que había dejado su caída. Parece imposible que no hubiera podido emitir un sonido. Había resbalado hacia el este, hacia la ladera desconocida de la montaña; mucho más abajo había chocado contra un escarpado glaciar, y había seguido bajando abriéndose camino en medio de una avalancha de nieve. Su rastro seguía hasta el borde de un espantoso precipicio, y más allá de éste todo era misterio. Más abajo, brumosos en la distancia, alcanzaron a ver unos árboles irguiéndose en un valle estrecho y cerrado: el perdido país de los ciegos. Pero ellos no sabían que era el perdido país de los ciegos, ni podían de ninguna forma distinguirlo de cualquier otro estrecho fragmento de valle de tierras altas. Acobardados por el desastre, por la tarde abandonaron su intento, y Pointer fue llamado a filas antes de que pudiera llevar a cabo otro ataque. Hasta el día de hoy la cima del Parascotopetl no ha sido conquistada, y el refugio de Pointer se deshace entre la nieve sin que nadie haya vuelto a usarlo.

Y el hombre que había caído sobrevivió.

Al llegar al final de la pendiente había caído mil pies, y se desplomó en medio de una nube de nieve sobre un glaciar aún más escarpado que el de arriba. Al llegar a éste se encontraba mareado, aturdido e insensible, pero sin un solo hueso roto; y entonces, por fin, llegaron unas pendientes más suaves, y por fin dejó de rodar y quedó inmóvil, sepultado por el suave montón de masas blancas que le habían acompañado y salvado. Volvió en sí con la oscura sospecha de que estaba enfermo, en la cama; luego, con su inteligencia de montañero, se dio cuenta de su estado, y, después de descansar un rato, se liberó del manto de nieve que le cubría hasta que alcanzó a ver las estrellas. Por espacio de unos minutos permaneció tumbado boca abajo, preguntándose dónde estaba y qué le había pasado. Se examinó los miembros, y descubrió que había perdido varios botones y que tenía el abrigo por encima de la cabeza. Su navaja ya no estaba en el bolsillo, y había perdido el sombrero, aunque se lo había atado debajo de la barbilla. Recordó que había estado buscando piedras sueltas para levantar la parte que le correspondía del muro del refugio. Su piolet había desaparecido.

Comprendió que debía de haberse caído, y se levantó para ver, exagerado por la luz espectral de la luna creciente, el tremendo vuelo que había hecho. Durante un rato permaneció inmóvil, contemplando aturdido aquel vasto y pálido acantilado que se levantaba en lo alto, emergiendo poco a poco de la marea menguante de las tinieblas. Su belleza, misteriosa y fantasmal, mantuvo suspendida su atención durante un rato, y luego se apoderó de él un paroxismo de risa y de sollozos...

Después de un largo intervalo se dio cuenta de que estaba cerca del borde inferior de la nieve. Debajo, al fondo de lo que se había convertido en una pendiente practicable e iluminada por la luna, vio la forma oscura y quebrada del césped tachonado de rocas. Se puso en pie con esfuerzo, sintiendo el dolor en todos y cada uno de sus miembros y articulaciones, se liberó trabajosamente del montón de nieve suelta que le rodeaba, bajó hasta que llegó al césped y, cuando llegó allí, más que tumbarse se dejó caer junto a una peña, bebió un largo trago de la cantimplora que llevaba en el bolsillo interior, e instantáneamente se durmió...

Le despertó el canto de los pájaros en los árboles, que llegaba de muy abajo.

Se incorporó y comprendió que se hallaba sobre un pequeño promontorio al pie de un amplio precipicio surcado por la barranca por la que había caído envuelto en nieve. Ante él, otro muro de roca se recortaba contra el cielo. La garganta que había entre estos precipicios iba de este a oeste y estaba llena del sol de la mañana, que iluminaba hacia el oeste la masa de montaña que se había desprendido y que bloqueaba la garganta descendente. Debajo de él parecía abrirse un precipicio igualmente escarpado, pero detrás de la nieve, en la barranca, halló una especie de grieta en forma de chimenea de la que goteaba agua de nieve y por la que un hombre desesperado podía atreverse a bajar. Lo encontró más fácil de lo que parecía, y por fin llegó a otro desolado promontorio y, después de trepar sin demasiada dificultad por unas rocas, a una ladera escarpada y con árboles. Se orientó y levantó el rostro hacia la garganta, porque vio que se abría sobre unos prados verdes, entre los cuales atisbo distintamente un grupo de cabañas de piedra de formas insólitas. A ratos progresaba con tanta lentitud que era como trepar por la superficie de un muro, y después de un tiempo el sol naciente dejó de batir la garganta, se desvanecieron las voces de los pájaros cantores, y el aire que le rodeaba se hizo más frío y oscuro. Pero, precisamente por eso, el valle y sus casas se volvían cada vez más nítidos en la distancia. Poco después llegó a un talud y, como era un hombre observador, notó que un helecho insólito parecía aferrarse a las grietas de las rocas con manos intensamente verdes. Cogió una o dos de sus frondas y mordió su tallo y pensó que podía aprovecharse.

Hacia el mediodía salió por fin de la garganta del barranco a la llanura y la luz del sol. Estaba tenso y agotado; se sentó a la sombra de una roca, llenó la cantimplora con el agua de un manantial y bebió hasta vaciarla, y permaneció un rato descansando antes de dirigirse a las casas.

Le parecieron muy extrañas, e incluso la propia apariencia del valle se volvió, mientras lo miraba, más misteriosa y más insólita. La mayor parte de su superficie estaba formada por un exuberante prado verde, punteado de gran cantidad de hermosas flores, regado con un cuidado extremo y con signos evidentes de haber sido

sembrado de un modo sistemático. Más arriba, y rodeando el valle, había un muro y lo que parecía ser un canal de agua en forma de circunferencia, del que partían chorritos que alimentaban a las plantas del prado, y en las laderas más altas los rebaños de llamas pacían en los escasos pastos. Aquí y allá, pegados al muro colindante, había unos cobertizos, en apariencia refugios o abrevaderos para las llamas. Los canalones de riego confluían en el canal principal, en el centro del valle, que estaba limitado a ambos lados por un muro que llegaba a la altura del pecho. Esto dotaba de un carácter singularmente urbano a este lugar recluso, un carácter intensamente realzado por el hecho de que un gran número de senderos pavimentados con piedras blancas y negras, y cada uno de ellos con una pequeña y curiosa acera al lado, discurría en todas direcciones de una forma ordenada. Las casas de la aldea central eran muy diferentes de las aglomeraciones casuales y desordenadas de las aldeas de montaña que conocía; se erguían en una hilera continua a ambos lados de una calle central de asombrosa limpieza; una puerta horadaba aquí y allá sus fachadas parcialmente pintadas, y ni una sola ventana rompía la uniformidad de su frente. Estaban parcialmente pintadas con extraordinaria irregularidad, enjalbegadas con una especie de yeso que era a veces gris, a veces pardo, a veces de color pizarra o de un marrón oscuro; y fue la visión de este extraño enyesado lo que trajo por vez primera a la mente del explorador la palabra *ciego*. «El buen hombre que hizo esto», pensó, «debía de estar más ciego que un murciélago».

Bajó por un lugar escarpado, y de este modo llegó al muro y al canal que recorría el valle, cerca de donde este último expulsaba su excedente a las profundidades de la garganta formando una cascada fina y temblorosa. Ahora podía ver un gran número de hombres y mujeres descansando en montones apilados de hierba, como hombres que estuvieran durmiendo la siesta, en la zona más remota del prado, y, más cerca de la aldea, un grupo de niños recostados, y luego, más cerca aún, tres hombres que cargaban con cubos en horquillas por un pequeño sendero que iba del muro que rodeaba el valle hacia las casas. Estos últimos iban vestidos con ropas hechas de lana de llama y con botas y cinturones de cuero, y llevaban gorras de tela que les cubrían la nuca y las orejas. Iban en fila india, andando con lentitud y bostezando mientras andaban, como si

hubieran estado despiertos toda la noche. Había algo tan tranquilizadamente próspero y respetable en su aspecto que, tras un momento de duda, Núñez se adelantó sobre su roca hasta quedar a la vista, y emitió un poderoso grito que resonó por todo el valle.

Los tres hombres se detuvieron y movieron sus cabezas como si estuvieran mirando a su alrededor. Volvieron sus rostros de un lado a otro, y Núñez gesticuló con ostentación. Pero, a pesar de todos sus gestos, ellos no parecieron verle, y al cabo de un tiempo, dirigiéndose hacia las montañas que estaban a la derecha y a lo lejos, gritaron a modo de respuesta. Núñez se desgañó otra vez, y después otra, y mientras gesticulaba en vano la palabra *ciego* afloró otra vez a sus pensamientos. «Estos necios tienen que estar ciegos», se dijo.

Cuando, después de mucho gritar y enfurecerse, Núñez cruzó por fin el riachuelo por un puentecito, entró por una puerta que había en el muro y se acercó a ellos, ya estaba seguro de que estaban ciegos. Estaba seguro de que este era el país de los ciegos de las leyendas. Le había asaltado la certeza y la sensación de estar viviendo una gran aventura verdaderamente envidiable. Los tres permanecieron uno junto al otro, sin mirarle, pero con los oídos aguzados hacia él, juzgándole por sus insólitas pisadas. Permanecieron muy juntos, como hombres que están un poco asustados, y él pudo ver sus párpados cerrados y hundidos, como si el mismo globo ocular se hubiera encogido. En sus rostros había una expresión cercana al pavor.

—Un hombre —dijo uno de ellos, en un español casi irreconocible—, es un hombre... un hombre o un espíritu... que baja por las rocas.

Pero Núñez avanzó con el paso confiado de un joven que irrumpe en la vida. Todas las viejas historias del valle perdido y del país de los ciegos regresaban a su mente, y a través de sus pensamientos circulaba como un estribillo este antiguo refrán:

«En el país de los ciegos el tuerto es el rey».

«En el país de los ciegos el tuerto es el rey».

Con mucha cortesía les saludó. Y, haciendo un uso significativo de sus ojos, les dirigió la palabra.

—¿De dónde viene, hermano Pedro? —preguntó uno.

—De más allá de las rocas.

—Vengo del otro lado de las montañas —dijo Núñez—, del país que está más allá... en el que los hombres ven. De cerca de Bogotá, donde hay centenares de miles de personas, y donde la ciudad no puede abarcarse con la vista.

—¿Vista? —murmuró Pedro—. ¿Vista?

—Viene —murmuró el segundo ciego— de más allá de las rocas.

Núñez vio que la tela de sus abrigos estaba curiosamente confeccionada, cada uno de ellos con un tipo de costura distinto.

Le asustaron con un movimiento simultáneo en dirección a él, los tres alargando una mano. Él retrocedió ante el avance de esos dedos extendidos.

—Ven aquí —dijo el tercer ciego, prolongando su movimiento y agarrándole con destreza.

Y sujetaron a Núñez y lo palparon, sin decir una palabra hasta que acabaron de hacerlo.

—¡Cuidado! —gritó, cuando le tocaron un ojo con los dedos, y notó que ellos pensaban que ese órgano, con sus párpados aleteantes, era una cosa realmente extraña.

Volvieron a tocárselo otra vez.

—Una extraña criatura, Correa —dijo el que se llamaba Pedro—. Toca este pelo tan áspero. Es como el pelo de una llama.

—Es tan áspero como las rocas que lo engendraron —dijo Correa, investigando con una mano suave y ligeramente húmeda la barbilla sin afeitar de Núñez—. Tal vez se vuelva más fino.

Núñez forcejeó un poco mientras le examinaban, pero le sujetaron con firmeza.

—¡Cuidado! —dijo otra vez.

—Habla —dijo el tercer ciego—. No cabe duda de que es un hombre.

—¡Uf! —dijo Pedro ante la tosquedad de su abrigo.

—¿Y has venido al mundo? —preguntó Pedro.

—He salido del mundo, más bien. Cruzando montañas y glaciares, justo por encima de allí, a medio camino del sol. He salido de un mundo inmenso que baja hasta el mar después de un viaje de doce días.

Apenas parecían prestarle atención.

—Nuestros padres nos contaron que los hombres podían ser criados por las fuerzas de la Naturaleza —dijo Correa—. Por el calor

de las cosas y la humedad y la podredumbre... la podredumbre.

—Llémosle ante los ancianos —dijo Pedro.

—Grita primero —dijo Correa—, no sea que vayan a asustarse los niños. Este es un acontecimiento extraordinario.

Así que gritaron, y Pedro cogió el primero a Núñez de la mano para conducirlo hasta las casas. Núñez apartó la mano.

—Puedo ver —dijo.

—¿Ver? —preguntó Correa.

—Sí, ver —dijo Núñez, volviéndose hacia él, y tropezando en el cubo de Pedro.

—Sus sentidos son todavía imperfectos —dijo el tercer ciego—. Tropieza y dice palabras sin sentido. Llévale de la mano.

—Como quieras —dijo Núñez, y, riendo, se dejó llevar.

Era como si no supieran nada de la vista.

Bueno, a su debido tiempo los instruiría.

Oyó los gritos de la gente, y vio un gran número de personas que se arremolinaban en la calle principal de la aldea.

Comprobó que ese primer encuentro con la población del país de los ciegos ponía a prueba sus nervios y su paciencia más de lo que había previsto. Mientras se acercaba a él, el lugar parecía más grande, y más extrañas las manchas de enyesado, y empezó a rodearle una multitud de niños y hombres y mujeres (notó complacido que algunas de las mujeres y las jóvenes tenían unos rostros muy dulces, a pesar de que sus ojos estaban cerrados y hundidos), le sujetaban, le tocaban con unas manos suaves y sensibles, le olisqueaban y escuchaban cada palabra que pronunciaba. Sin embargo, algunas muchachas y algunos niños permanecieron al margen, como si tuvieran miedo, y lo cierto es que la voz de Núñez parecía áspera y bronca comparada con las notas más suaves de éstos. Formaron un tumulto en torno a él. Sus tres guías permanecieron junto a Núñez haciendo un esfuerzo digno de unos propietarios, y decían una y otra vez:

—Un hombre salvaje llegado de más allá de las rocas.

—De Bogotá —dijo él—. De Bogotá. Está más allá de las cumbres de las montañas.

—Un hombre bárbaro... que usa palabras bárbaras —dijo Pedro—. ¿Habéis oído eso... Bogotá? Su mente apenas está formada. Sólo posee los rudimentos del lenguaje.

Un niño le pellizcó una mano.

—¡Bogotá! —dijo en son de burla.

—¡Ay! Una ciudad distinta de vuestra aldea. Vengo de un mundo más grande... donde los hombres tienen ojos y ven.

—Se llama Bogotá —decían.

—Tropezó —dijo Correa—. Tropezó dos veces mientras veníamos hacia aquí.

—Llevémosle hasta los ancianos.

Y de golpe le empujaron por una puerta que daba a una habitación oscura como boca de lobo, salvo por el hecho de que en un extremo brillaba débilmente un fuego. La muchedumbre se agolpó tras él y tapó hasta el más débil resplandor del día, y antes de que él pudiera detenerse se cayó de cabeza al tropezar con los pies de un hombre sentado. Mientras caía golpeó con un brazo incontrolado el rostro de alguien; sintió el suave impacto de las facciones de alguien y oyó un grito de furia, y por un momento forcejeó con un montón de manos que le sujetaban. Era una lucha desigual. Tuvo entonces un atisbo de su situación, y se quedó quieto.

—Me caí —dijo—. No podía ver nada en esta oscuridad absoluta.

Hubo una pausa, como si las personas invisibles que le rodeaban estuvieran tratando de entender sus palabras. Entonces la voz de Correa dijo:

—Apenas está recién formado. Tropieza al caminar y mezcla en su discurso palabras que carecen de significado.

Otros también dijeron sobre él cosas que no oyó o no entendió totalmente.

—¿Puedo levantarme? —preguntó en una pausa—. No voy a volver a pelearme con vosotros.

Consultaron entre ellos, y le dejaron ponerse en pie.

La voz de un anciano empezó a hacerle preguntas, y Núñez se encontró a sí mismo tratando de explicar el mundo inmenso del que había caído, y el cielo y las montañas y la vista y otras maravillas parecidas, a esos ancianos que estaban sentados en la oscuridad, en el país de los ciegos. Y, para su sorpresa, no quisieron creer ni entender nada de lo que él les contó. Ni siquiera entendieron muchas de sus palabras. Esta gente había estado ciega y apartada

del mundo visible durante catorce generaciones; los nombres de todas las cosas visibles se habían borrado y habían cambiado; la historia del mundo exterior se había borrado, convertida en un cuento para niños; y ellos habían dejado de preocuparse por todo cuanto estuviera más allá de las rocosas laderas y el muro circular. Hombres ciegos de genio habían surgido entre ellos y habían puesto en cuestión los restos de las creencias y las tradiciones que habían conservado de los tiempos en que veían, y habían rechazado como torpes fantasías todas esas cosas y las habían reemplazado con nuevas y más sensatas explicaciones. La mayor parte de su imaginación se había marchitado con sus ojos, y habían creado nuevas imaginaciones con sus oídos y las yemas de sus dedos, que eran cada vez más sensibles. Lentamente Núñez se dio cuenta de que sus expectativas de provocar asombro y reverencia por sus orígenes y sus dotes no se iban a ver satisfechas; y, después de que su torpe intento de explicarles la vista hubiera sido descartado como la confusa versión de un ser recién formado que intenta describir las maravillas de sus incoherentes sensaciones, un poco defraudado accedió a escuchar las lecciones que tenían que darle. Y el más anciano de los ciegos le explicó la vida, la filosofía y la religión, cómo el mundo —con lo que quería decir el valle— había sido al principio un hueco vacío en las rocas, y luego habían llegado, en primer lugar, cosas inanimadas desprovistas del don del tacto, y llamas y algunas otras criaturas apenas dotadas de inteligencia, y luego los hombres, y al final los ángeles, a quienes se podía oír cantar y revolotear, pero a quienes nadie podía tocar, cosa que asombró enormemente a Núñez hasta que pensó en los pájaros.

El anciano continuó explicándole a Núñez que el tiempo había sido dividido en frío y calor, que son para los ciegos el equivalente del día y la noche, y que lo razonable era dormir cuando hacía calor y trabajar cuando hacía frío, de tal manera que, si no hubiera sido por su llegada, todo el pueblo de los ciegos habría estado dormido. Dijo que Núñez tenía que haber sido creado especialmente para aprender y ponerse al servicio de la sabiduría que ellos habían adquirido, y que, a pesar de todas sus incoherencias mentales y de su torpe comportamiento, tenía que ser valiente, y hacer lo posible por aprender, y cuando dijo esto toda la gente que había en el umbral se lanzó a murmurar animándole. Dijo que la noche —

porque los ciegos llaman noche a su día— hacía ya tiempo que había pasado, y que era conveniente que todo el mundo se fuera a dormir. Le preguntó a Núñez si sabía dormir, y Núñez dijo que sí, pero que antes de dormir quería comer.

Le trajeron comida —leche de llama en un tazón, y un pan tosco y salado— y le llevaron a un lugar solitario para que pudiera comer sin que le oyeran y pudiera dormir hasta que el frío del atardecer en las montañas los despertara y empezaran un nuevo día. Pero Núñez no durmió en absoluto.

En vez de hacerlo, permaneció incorporado en el mismo sitio en que le habían dejado, permitiendo que sus miembros descansaran y dándoles vueltas sin parar a las inesperadas circunstancias de su llegada.

De vez en cuando se reía, a veces divertido, y otras indignado.

—¡Una inteligencia sin formar! —se decía—. ¡Aún carece de sentidos! Qué lejos están de pensar que han estado insultando al amo y señor que les ha enviado el cielo. Veo que tengo que hacerles entrar en razón. Tengo que pensar... Tengo que pensar.

Todavía estaba pensando cuando se puso el sol.

Núñez sabía apreciar la belleza de las cosas, y le pareció que el brillo de los campos nevados y los glaciares que se extendían por todo el valle era lo más hermoso que había visto en su vida. Su vista se paseó desde aquella gloria inaccesible hasta la aldea y los campos regados, que se hundían a gran velocidad en el crepúsculo, y bruscamente se apoderó de él una oleada de emoción, y desde el fondo de su corazón le agradeció a Dios que le hubiera sido concedido el don de la vista.

Oyó una voz que le llamaba desde fuera de la aldea.

—¡Eh, Bogotá! ¡Ven aquí!

Al oír esto dejó de sonreír. Ya enseñaría él a esta gente de una vez por todas lo que para un hombre significaba tener vista. Le buscarían, pero no le encontrarían.

—No te muevas, Bogotá —dijo la voz.

Se rió solapadamente, y se alejó del sendero con dos pasos furtivos.

—No pises la hierba, Bogotá; no está permitido.

Núñez apenas había oído el ruido que él mismo había hecho. Se detuvo perplejo.

El dueño de la voz subió corriendo hacia él por el sendero coloreado.

Él retrocedió hasta el camino.

—Aquí estoy —dijo.

—¿Por qué no acudiste cuando te llamé? —dijo el ciego—. ¿Hay que llevarte como a un niño? ¿No oyes el sendero al andar?

Núñez se rió.

—Lo veo.

—La palabra *ver* no existe —dijo el ciego, después de una pausa—. Déjate de locuras, y sigue el ruido de mis pasos.

Un poco molesto, Núñez le siguió.

—Ya llegará mi hora —dijo.

—Aprenderás —contestó el ciego—. Hay mucho que aprender en el mundo.

—¿Nadie te ha dicho que en el país de los ciegos el tuerto es el rey?

—¿Qué significa *ciego*? —preguntó desdeñosamente el ciego por encima de su hombro.

Pasaron cuatro días, y el quinto sorprendió al rey de los ciegos viviendo todavía de incógnito, como un extranjero torpe e inútil entre sus súbditos.

Comprobó que era mucho más difícil de lo que había supuesto entronizarse a sí mismo, y entre tanto, mientras meditaba su golpe de estado, hizo lo que se le dijo que hiciera y aprendió los usos y las costumbres del país de los ciegos. Le pareció una cosa particularmente pesada trabajar y andar de un sitio para otro de noche, y decidió que esa sería la primera cosa que cambiaría.

Esa gente llevaba una vida sencilla y laboriosa, dotada de todos los elementos de la virtud y la felicidad, tal y como estas cosas pueden ser entendidas por los hombres. Trabajaban, pero no de una forma opresiva; tenían ropa y comida suficiente para satisfacer sus necesidades; tenían días y épocas de descanso; a menudo tocaban música y cantaban; el amor crecía entre ellos, y los niños.

Era maravillosa la confianza y la precisión con la que iban y venían por su ordenado mundo. Todo se había hecho de acuerdo con sus necesidades; cada uno de los senderos radiales del área del valle formaba un ángulo constante con los demás, y se distinguía por una muesca especial en su acera; todos los obstáculos y las

irregularidades de los senderos o el prado habían sido eliminados tiempo atrás; todos sus métodos y procedimientos se desprendían naturalmente de sus necesidades específicas. Sus sentidos se habían vuelto maravillosamente agudos; podían oír y calibrar el menor gesto de un hombre que se encontraba a una docena de pasos de distancia, podían incluso oír el latido de su corazón. Hacía mucho tiempo que entre ellos la entonación había reemplazado a la expresión, y el tacto al gesto, y su trabajo con la azada, la pala y la horca se llevaba a cabo con tanta libertad y confianza como el de cualquier jardinero. Su sentido del olfato era extraordinariamente fino; podían apreciar diferencias individuales con tanta facilidad como un perro, y cuidaban de las llamas, que vivían en lo alto de las rocas y venían al muro en busca de comida y abrigo, con facilidad y confianza. Sólo cuando Núñez hizo por fin valer sus derechos pudo comprobar lo fáciles y confiados que podían ser sus movimientos.

Sólo se rebeló después de haber intentado convencerlos.

Al principio intentó varias veces hablarles de la vista.

—Eh, vosotros, escuchadme un momento —decía—. Hay cosas de mí que no entendéis.

En una o dos ocasiones uno o dos de ellos le prestaron atención; se sentaron con los ojos mirando hacia abajo y los oídos vueltos inteligentemente hacia él, e hizo cuanto pudo por explicarles lo que era ver. Entre sus oyentes había una chica con los párpados menos colorados y hundidos que los demás, de manera que casi podía imaginarse que estaba ocultando sus ojos, a quien él especialmente esperaba convencer. Habló de las bellezas de la vista, de mirar las montañas, del cielo y del amanecer, y ellos le escuchaban con una divertida incredulidad que en seguida se volvió condenatoria. Le dijeron que ni siquiera había montañas, sino que el final de las rocas, donde las llamas pacían, era también el final del mundo; de allí partía el cavernoso techo del universo, desde donde caían el rocío y las avalanchas; y cuando él sostuvo tenazmente que el mundo no tenía ni un final ni un techo, como ellos suponían, le dijeron que sus ideas eran perversas. Mientras les describía el cielo y las nubes y las estrellas, todo aquello les parecía a ellos un espantoso vacío, un terrible espacio en blanco en lugar del tejado uniforme que protegía las cosas en las que creían; era un artículo de

fe entre ellos que el tejado de la caverna era exquisitamente suave al tacto. Advirtió que de alguna forma les estaba asustando, y abandonó por completo ese aspecto del asunto, y trató de mostrarles el valor práctico de la vista. Una mañana vio a Pedro en el denominado sendero Diecisiete, acercándose a las casas del centro, pero todavía demasiado alejado como para ser oído u olfateado, y se lo dijo a ellos.

—Dentro de un momento —profetizó—, Pedro estará aquí.

Un hombre observó que Pedro no tenía nada que hacer en el sendero Diecisiete, y entonces, como para confirmarlo, aquel individuo dobló transversalmente, mientras se acercaba, hacia el sendero Diez, dirigiéndose con pasos ágiles hacia el muro exterior. Se burlaron de Núñez porque Pedro no llegó, y más tarde, cuando le hizo a Pedro algunas preguntas para salvar su reputación, Pedro las desmintió y se enfrentó con él, y a partir de ese día le fue hostil.

Luego les indujo a que le dejaran hacer, acompañado por un individuo complaciente, un largo recorrido hacia el muro por los prados en declive, y a su acompañante le prometió describirle todo cuanto ocurriera entre las casas. Señaló algunas idas y venidas, pero las cosas que realmente parecían significar algo para esta gente — las únicas cosas de las que ellos tomaban nota para juzgarle— ocurrían dentro o detrás de las casas sin ventanas, y de éstas no podía ver ni decir nada; y fue tras esta tentativa fracasada, y tras las burlas que ellos no pudieron reprimir, cuando recurrió a la fuerza. Pensó en coger una pala y en usarla para tumbar sin previo aviso a uno o dos de ellos, y de este modo, en una pelea limpia, mostrarles la ventajas que proporcionaba la vista. Llevó su resolución hasta coger la pala, y entonces descubrió algo acerca de sí mismo, y era que le resultaba imposible golpear a un ciego a sangre fría.

Vaciló, y advirtió que todos se habían dado cuenta de que había cogido la pala. Permanecieron alerta, con las cabezas inclinadas hacia un lado y los oídos vueltos hacia él, pendientes de lo que haría a continuación.

—Deja esa pala —dijo uno de ellos, y él sintió una suerte de horror impotente. Estuvo a punto de obedecer.

Entonces arrojó a uno de ellos, de espaldas, contra la pared de una casa, y echó a correr hasta que se encontró fuera de la aldea.

Entró de través en uno de sus prados, dejando tras él un rastro

de hierba pisada, y después se sentó al lado de uno de sus caminos. Sintió esa especie de excitación que se apodera de todos los hombres al empezar una pelea, pero sobre todo se sintió perplejo. Empezó a darse cuenta de que uno no puede luchar a gusto contra criaturas que se hallan en un plano mental distinto del propio. A lo lejos vio un gran número de hombres, armados con palas y garrotes, que se apartaban de la calle de las casas y avanzaban hacia él desplegados en línea a lo largo de los diversos senderos. Avanzaban lentamente, hablándose entre sí con frecuencia, y de vez en cuando todo el cordón se detenía y olisqueaba el aire y escuchaba.

Núñez se rió la primera vez que les vio hacer esto. Pero después ya no volvió a reírse.

Uno de ellos descubrió su rastro en la hierba del prado, y se agachó y tanteó para averiguar la dirección que debía seguir.

Durante cinco minutos contempló las lentas evoluciones del cordón, y entonces su vaga intención de hacer algo se volvió frenética. Se levantó, dio un paso o dos hacia el muro circular, se dio la vuelta, y desanduvo un poco el camino. Ahí estaban todos, dispuestos en forma de semicírculo, quietos y a la escucha.

Él también se quedó quieto, agarrando su pala con fuerza y con las dos manos. ¿Debía cargar contra ellos?

El pulso le latía en los oídos al ritmo de «¡En el país de los ciegos el tuerto es el rey!».

¿Debía cargar contra ellos?

Se dio la vuelta para mirar el muro que tenía detrás, alto e inaccesible —inaccesible a causa de la uniformidad de su enyesado, pero horadado además por muchas puertecitas— y a la línea de perseguidores que se acercaba. Detrás de éstos, acudían otros desde la calle de las casas.

¿Debía cargar contra ellos?

—¡Bogotá! —le llamó uno de ellos—. ¿Dónde estás, Bogotá?

Agarró su pala con más fuerza todavía, y descendió por los prados en dirección a las viviendas y, no bien se movió, ellos convergieron hacia él. «Los mataré si me tocan», se prometió. «Por Dios que lo haré. Los golpearé». Gritó:

—Mirad, voy a hacer lo que quiera en este valle. ¿Me oís? ¡Voy a hacer lo que quiera y a ir donde quiera!

Se movían hacia él con rapidez, a tientas, pero moviéndose con

agilidad. Era como jugar a la gallina ciega, sólo que todos los participantes excepto uno llevaban los ojos vendados.

—¡Apresadle! —gritó uno.

Y se encontró en el arco de una curva de perseguidores que se movía. De repente sintió que debía actuar con rapidez y resolución.

—No entendéis nada —gritó con una voz que quería ser potente y resuelta, y que se le quebró—. Vosotros estáis ciegos, y yo puedo ver. ¡Dejadme en paz!

—¡Bogotá! ¡Deja esa pala y sal de la hierba!

La última orden, grotesca dentro de su civilizada familiaridad, resonó con un timbre de furia.

—Os voy a hacer daño —dijo, sollozando de emoción—. Os aseguro que os voy a hacer daño. ¡Dejadme en paz!

Echó a correr, sin saber con exactitud hacia dónde corría. Corrió alejándose del ciego más próximo, porque le pareció horroroso golpearle. Se detuvo, y luego hizo un intento de escapar de las filas que se estrechaban sobre él. Se dirigió hacia donde el hueco era mayor y, con una rápida percepción de la proximidad de sus pasos, los hombres que estaban a cada lado se apresuraron a juntarse. Dio un salto hacia delante, y entonces vio que iban a atraparlo, y descargó un golpe con la pala. Notó el golpe sordo contra la mano y el brazo, y el hombre se desplomó con un grito de dolor, y él supo que era libre.

¡Libre! Y acto seguido estaba de nuevo junto a la calle de las casas, donde unos ciegos, blandiendo palas y estacas, corrían de un lado para otro con una especie de rapidez razonada.

Oyó pasos tras él justo a tiempo, y vio a un hombre alto que, guiado por el ruido que emitía, se precipitaba contra él golpeando. Perdió los nervios, le tiró la pala a su antagonista, se dio la vuelta y huyó, casi chillando mientras esquivaba a otro.

Era presa del pánico. Furiosamente corrió de un lado para otro, dando quiebros cuando no había ninguna necesidad de dar quiebros, y tropezando, víctima de su ansiedad por ver cuanto le rodeaba. En un momento dado se cayó y ellos oyeron su caída. Allá lejos, en el muro circular, una pequeña puerta le pareció un cielo, y echó a correr frenéticamente hacia ella. Ni siquiera se volvió a mirar a sus perseguidores hasta que llegó a ella, y eso que había tropezado al cruzar el puente, había trepado un poco por las rocas

para sorpresa y consternación de una llama joven, que de un salto se perdió de vista, y se había tumbado entre sollozos a recobrar el aliento.

Y así acabó su golpe de estado.

Durante dos días con sus noches, sin comida ni techo, permaneció al otro lado del muro del valle de los ciegos, y meditó sobre los asombrosos acontecimientos que había vivido. Durante estas meditaciones repetía frecuentemente, y cada vez con mayor escarnio, el desacreditado refrán: «En el país de los ciegos el tuerto es el rey». Pensaba sobre todo en alguna forma de luchar contra esa gente, y de conquistarla, y llegó a la conclusión de que no tenía a su alcance ningún instrumento eficaz para hacerlo. No tenía armas, y ahora le iba a ser muy difícil conseguir una.

El cáncer de la civilización le había alcanzado incluso en Bogotá, y se sentía incapaz de bajar y asesinar a un ciego. Desde luego, si conseguía hacerlo, podría imponer sus condiciones bajo la amenaza de asesinarlos a todos. ¡Pero tarde o temprano tendría que dormir!...

También intentó encontrar comida entre los pinos, acomodarse bajo sus ramas mientras helaba por las noches, y, con menos convicción, cazar una llama mediante una estratagema, para intentar matarla —quizá golpeándola con una piedra— y quizá conseguir así, finalmente, comerse un trozo. Pero las llamas no se fiaban de él y le miraban con unos ojos marrones y desconfiados, y escupían cuando se acercaba. El segundo día se adueñaron de él el miedo y los temblores. Finalmente bajó gateando hasta el muro del país de los ciegos y trató de llegar a un acuerdo. Gateó a lo largo del torrente, gritando, hasta que dos ciegos salieron por la puerta y hablaron con él.

—Estaba loco —dijo—. Pero tened en cuenta que mi formación era reciente.

Dijeron que eso estaba mejor.

Les dijo que ahora era más sensato, y que se arrepentía de todo lo que había hecho.

Luego le saltaron las lágrimas, porque estaba muy débil y enfermo, y ellos lo interpretaron como un signo favorable.

Le preguntaron si todavía pensaba que podía ver.

—No —dijo—. Eso era una locura. Esa palabra no significa

nada... ¡Menos que nada!

Le preguntaron qué había por encima de sus cabezas.

—A una altura aproximada de cien hombres hay un techo que sobrevuela el mundo, un techo de roca, y muy, muy suave. Rompió a llorar de nuevo, histéricamente. —Antes de que me preguntéis nada más, dadme algo de comer o me moriré.

Esperaba terribles castigos, pero esos ciegos eran capaces de practicar la tolerancia. No consideraron su rebelión sino como una prueba más de la idiotez e inferioridad naturales del hombre; y después de azotarle, le encargaron los trabajos más pesados y más simples que podían encargarle a nadie, y él, incapaz de ver otra forma de vida, hizo sumisamente lo que se le dijo que hiciera.

Pasó una temporada enfermo, y le cuidaron cariñosamente. Esto refinó su sumisión. Pero insistieron en que guardara cama a oscuras, y esto acrecentó su desdicha. Y acudieron filósofos ciegos y le hablaron de la execrable liviandad de su mente, y le reprocharon de una forma tan impresionante sus dudas acerca del techo de roca que cubría su cacerola cósmica que llegó a pensar si no era víctima de una alucinación al no verlo sobre su cabeza.

Fue así como Núñez se convirtió en un ciudadano del país de los ciegos, y aquella gente dejó de ser para él gente en general y se convirtió en una serie de individuos familiares, mientras al otro lado de las montañas el mundo se volvía cada vez más remoto e irreal. Estaba Yacob, su amo, un hombre afable cuando no estaba enfadado; estaba Pedro, el sobrino de Yacob; y estaba Medinasaroté, que era la hija menor de Yacob. No era muy apreciada en el mundo de los ciegos, porque tenía un rostro bien definido, y carecía de esa satisfactoria tersura satinada que entre los ciegos constituye el ideal de belleza femenina; pero Núñez al principio pensó que era hermosa, y luego que era el ser más hermoso que había en toda la creación. Sus párpados no estaban hundidos ni enrojecidos, como era habitual en el valle, sino que parecía que pudieran abrirse de nuevo en cualquier momento; y tenía unas pestañas largas, lo que era considerado una grave deformidad. Y su voz era potente, y no satisfacía los delicados oídos de los cortejadores del valle. De manera que no tenía ningún pretendiente.

Llegó un momento en que Núñez pensó que, si podía conquistarla, se resignaría a vivir en el valle durante el resto de su

vida.

La espiaba; buscaba oportunidades de hacerle pequeños favores, y pronto comprobó que ella le observaba. Una vez, en una reunión celebrada en un día de descanso, se sentaron uno junto al otro a la débil luz de las estrellas, y la música era dulce. La mano de Núñez se posó sobre la de ella y se atrevió a apretarla. Entonces, muy tiernamente, ella le devolvió el apretón. Y un día, mientras estaban comiendo en la oscuridad, él notó que la mano de ella le buscaba con mucha suavidad, y en aquel momento se levantó por casualidad una llamarada de fuego y vio la ternura pintada en su rostro.

Intentó hablar con ella.

Un día se llegó hasta ella, que estaba sentada hilando a la luz veraniega de la luna. La luz la convertía en un ser de plata y misterio. Se sentó a sus pies y le dijo que la quería, y le dijo también que le parecía muy hermosa. Tenía una voz de enamorado, y hablaba con una tierna reverencia que lindaba con el temor, y ella nunca se había sentido adorada. No le dio una respuesta definitiva, pero era evidente que sus palabras la habían complacido.

Después de esto hablaba con ella cada vez que se presentaba la oportunidad. El valle se convirtió para él en el mundo, y el mundo que se extendía más allá de las montañas, donde los hombres vivían a la luz del sol, no le parecía más que un cuento de hadas que algún día le contaría al oído a su amiga. De una forma tímida y vacilante, le habló de la vista.

A ella la vista le pareció la más poética de las fantasías, y escuchaba con culpable indulgencia las descripciones que él le hacía de las estrellas y las montañas y de la dulzura y el blancor de su propia belleza. No le creía, apenas podía entender, pero estaba misteriosamente fascinada, y a él le parecía que lo entendía todo.

Su amor le hizo perder el miedo y envalentonarse. Al poco tiempo le propuso pedirla en matrimonio a Yacob y a los mayores, pero ella tuvo miedo y aplazó la propuesta. Y fue una de sus hermanas mayores la primera en decirle a Yacob que Medina-saroté y Núñez estaban enamorados.

Desde el principio hubo una fuerte oposición al matrimonio de Núñez con Medina-saroté; y no porque la tuvieran a ella en muy alta estima, sino porque a él le consideraban un ser aparte, un idiota incompetente que se hallaba por debajo del nivel admisible

en un hombre. Las hermanas de ella se opusieron amargamente, argumentando que esa unión las desacreditaría; y el viejo Yacob, a pesar de que había acabado por desarrollar una especie de afecto hacia aquel siervo torpe y obediente, movió la cabeza y dijo que aquello no podía ser. Todos los jóvenes estaban furiosos ante la idea de corromper la raza, y uno de ellos llegó a insultar y a golpear a Núñez. Este le devolvió el golpe. Fue entonces cuando por primera vez apreció las ventajas de poder ver, aunque fuera en la penumbra, y cuando acabó aquella pelea nadie volvió a atreverse a levantarle la mano. Pero seguían pensando que su matrimonio era imposible.

El viejo Yacob sentía una ternura especial por su hija pequeña, y le dolía que viniera a llorar sobre su hombro.

—Mira, querida, es que es un idiota. Padece alucinaciones; no es capaz de hacer nada bien.

—Ya lo sé —lloraba Medina-saroté—. Pero está mucho mejor de lo que estaba. Ha mejorado. Y es fuerte, papá, y amable, más fuerte y más amable que cualquier otro hombre en el mundo. Y me quiere, y, papá, yo le quiero a él.

El viejo Yacob se sentía muy desgraciado ante el desconsuelo de su hija, y además —cosa que lo volvía todo aún más triste— a él había muchas cosas en Núñez que le gustaban. Así que fue y se sentó en la sombría cámara del consejo con los otros ancianos y siguió el curso de la conversación, y en el momento oportuno dijo:

—Está mejor de lo que estaba. Es muy probable que algún día comprobemos que está tan cuerdo como nosotros.

Al rato uno de los ancianos, que estaba sumido en una profunda meditación, tuvo una idea. Era el gran doctor del pueblo, su hechicero, y poseía una mente muy filosófica e inventiva, y la idea de curar a Núñez de sus peculiaridades le atraía. Un día en que Yacob estaba presente volvió al asunto de Núñez.

—He examinado a Bogotá —dijo—, y tengo más claro su caso. Me parece muy probable que pueda curarse.

—Ese ha sido siempre mi deseo —dijo el viejo Yacob.

—Tiene una afección en el cerebro —dijo el doctor ciego.

Los ancianos murmuraron asintiendo.

—¿Y cuál es esa afección?

—¡Ah! —dijo el viejo Yacob.

—Esta —dijo el doctor, respondiendo a su propia pregunta—.

Esas cosas extrañas llamadas ojos, y que existen para dotar de una suave y agradable depresión al rostro, están tan enfermas, en el caso de Bogotá, que le han afectado el cerebro. Están enormemente distendidas, tiene pestañas, y sus párpados se mueven, y en consecuencia tiene el cerebro en un estado de permanente irritación y deterioro.

—¿De verdad? —dijo el viejo Yacob—. ¿De verdad?

—Y creo que puedo afirmar con razonable certeza que todo lo que tenemos que hacer, para curarle completamente, es una sencilla operación quirúrgica, esto es, extirparle esos cuerpos irritantes.

—¿Y entonces se volverá cuerdo?

—Entonces se volverá absolutamente cuerdo, y será un ciudadano admirable.

—¡Doy gracias a Dios por la ciencia! —dijo el viejo Yacob, y fue a darle a Núñez la feliz noticia.

Pero la forma en que Núñez recibió la buena nueva le pareció fría y decepcionante.

—Por el aire que adoptas —dijo—, cualquiera podría pensar que no te importa mi hija.

Fue Medina-saroté quien convenció a Núñez para que se pusiera en las manos de los cirujanos ciegos.

—¿Tú, precisamente tú, no querrás que pierda el don de la vista? —le dijo él.

Ella meneó la cabeza.

—Mi mundo es la vista.

Ella bajó más aún la cabeza.

—Hay cosas hermosas, cosas pequeñas y hermosas: las flores, los líquenes sobre las rocas, la ligereza y la suavidad de un trozo de piel, el cielo remoto con las nubes a la deriva, los crepúsculos y las estrellas. Y estás tú. Sólo por ti ya vale la pena gozar de la vista, para ver tu cara dulce y serena, tus labios bondadosos, tus hermosas y queridas manos entrecruzadas... Son estos ojos míos que tú has conquistado, estos ojos que me atan a ti, lo que buscan esos idiotas. No podría volver a verte nunca, sólo podría tocarte y oírte. Debería resignarme a ese techo de roca y piedra y oscuridad, ese horrible techo bajo el cual tu imaginación se detiene... No, tú no querrás que haga eso, ¿verdad?

Una duda terrible había surgido en él. Se detuvo, y dejó la

pregunta en el aire.

—A veces —dijo ella—, me gustaría... Hizo una pausa.

—¿Sí? —dijo él, con cierta aprensión.

—A veces me gustaría... que no hablastes así.

—¿Cómo?

—Ya sé que es bonito, es tu imaginación. Y me encanta, pero ahora...

Sintió un escalofrío.

—¿Ahora? —dijo débilmente.

Ella permaneció inmóvil.

—Quieres decir que... tú crees que... quizá me sentiría mejor si...

Se estaba haciendo una rápida composición de lugar. Sintió rabia, rabia de verdad ante el rumbo absurdo que tomaba el destino, pero también simpatía por la incapacidad de entender de ella, una simpatía muy próxima a la piedad.

—Querida —dijo, y por la palidez del rostro de ella comprendió la intensidad con que su espíritu luchaba contra las cosas que no podía decir. La rodeó con sus brazos, le besó una oreja, y permanecieron sentados en silencio durante un rato.

—¿Y si lo aceptara? —dijo él por fin, con una voz muy dulce.

Ella le echó los brazos al cuello, llorando desesperadamente.

—¡Oh, si aceptaras —sollozó—, si de verdad aceptaras!

Durante la semana que precedió a la operación que iba a elevarle desde su servidumbre e inferioridad hasta el nivel de un ciudadano ciego, Núñez no conoció el sueño, y a lo largo de las cálidas horas de sol, mientras los otros dormían dichosos, él permanecía sentado, cavilando, o vagaba sin propósito, tratando de que su mente le resolviera el dilema. Había dado una respuesta, había dado su consentimiento, pero aún no estaba seguro. Y por fin se agotó el periodo de labor, el sol se alzó esplendoroso por encima de las cumbres doradas, y empezó el último día en que podría gozar de su vista. Pasó algunos minutos con Medina-saroté antes de que ella se fuera a dormir.

—Mañana —dijo él—, ya no veré.

—Amor mío —respondió ella, y le estrechó las manos con toda su fuerza.

—Casi no te harán daño —dijo ella—; y vas a padecer este

dolor, vas a padecerlo, mi amor, por mí. Querido, si el corazón y la vida de una mujer son capaces de hacerlo, te pagaré con creces. Mi amor, amor mío, el de la tierna voz, te pagaré con creces.

Se sintió saturado de piedad por sí mismo y por ella.

La tomó en los brazos, y apretó sus labios contra los de ella, y miró por última vez su dulce rostro.

—¡Adiós! —le susurró a esa querida visión—. ¡Adiós!

Y luego se alejó en silencio.

Ella pudo oír sus lentos pasos alejándose, y algo que percibió en su ritmo la sumió en un llanto desconsolado.

Él tenía firmemente decidido irse a un lugar solitario donde unos narcisos blancos embellecían los prados, y permanecer allí hasta que llegara la hora de su sacrificio, pero mientras se dirigía hacia allí levantó la vista y vio la mañana, la mañana como un ángel de dorada armadura, que bajaba por los barrancos...

Le pareció que, ante este esplendor, él y su mundo ciego del valle y su amor no eran después de todo más que un pozo de pecado.

No se desvió tal y como había previsto, sino que prosiguió, y cruzó el muro circular y trepó por las rocas, y sus ojos no se apartaban del hielo y la nieve iluminados por el sol.

Vio su infinita belleza, y su imaginación pasó por encima de ellos hasta llegar a las cosas a las que iba a renunciar para siempre.

Pensó en aquel mundo libre y enorme del que estaba apartado, aquel mundo que era su mundo, y tuvo una visión de aquellas remotas pendientes que estaban más allá de la distancia, con Bogotá, un lugar de una belleza multitudinaria y turbulenta, un esplendor de día, un misterio luminoso de noche, un lugar de palacios y fuentes y estatuas y blancas casas, hermosamente situado a media distancia. Pensó que durante uno o dos días uno podía bajar cruzando pasos, acercándose cada vez más a sus calles atareadas y a sus costumbres. Pensó en el viaje en río, un día tras otro, desde el gran Bogotá hasta el mundo aún más grande que había más allá, a través de ciudades y pueblos, bosques y lugares desiertos, el río impetuoso un día tras otro, hasta que sus riberas retrocedieran y los grandes barcos de vapor pasaran salpicando, y uno había llegado al mar; el mar ilimitado, con sus millares y millares de islas y sus barcos vistos confusamente en la distancia, en

su incesante ir y venir por aquel mundo enorme. Y allí, libre del acoso de las montañas, uno podía ver el cielo; el cielo, y no el disco que se veía desde aquí, sino un arco de un azul inconmensurable, en cuyas profundidades abismales flotaban dando vueltas las estrellas...

Sus ojos escudraron la gran cortina de montañas, examinándolas ansiosamente.

Por ejemplo, si uno subía en esa dirección, por aquella garganta y hasta aquella chimenea, entonces podía salir a lo alto de aquellos pinos atrofiados que se alineaban en una especie de saliente y seguían subiendo más y más hasta pasar por encima del desfiladero. ¿Y entonces? Aquel talud podría sortearse. Desde allí tal vez podría encontrar un camino que trepase hasta el precipicio que estaba debajo de la nieve; y, si aquella chimenea le fallaba, entonces otra que había más hacia el este podría servirle mejor para sus propósitos. ¿Y entonces? Entonces habría llegado a la nieve de color ámbar, y estaría a medio camino de la cumbre de aquellas hermosas desolaciones.

Se volvió para mirar a la aldea, y después se dio la vuelta del todo y la miró fijamente.

Pensó en Medina-saroté, que se había convertido en algo pequeño y remoto.

Se dio otra vez la vuelta hacia pared que formaban las montañas, junto a las que le había sorprendido el día.

Entonces, con gran circunspección, empezó a trepar.

Ya no trepaba cuando llegó el crepúsculo, pero estaba muy arriba y muy lejos. Había estado aún más arriba, pero de todos modos estaba muy arriba. Tenía la ropa desgarrada y los miembros manchados de sangre, se había lastimado en muchos sitios, pero estaba tumbado y a sus anchas, y en su rostro había una sonrisa.

Desde donde descansaba, el valle parecía que estaba en un pozo, y a una distancia de casi una milla. Ya había caído la noche, brumosa y poblada de sombras, aunque las cimas de las montañas que le rodeaban eran objetos de luz y fuego. Las cimas de las montañas que le rodeaban eran objetos de luz y fuego, y los pequeños detalles de las rocas que tenía a mano estaban saturados de una belleza sutil, una veta de un mineral verde que desgarraba el gris, los destellos de la cara de un cristal aquí y allá, un liquen

diminuto, anaranjado y minuciosamente hermoso junto a su rostro. Había sombras profundas y misteriosas en la garganta, de un azul tan intenso que se convertía en púrpura, y el púrpura en una oscuridad luminosa, y allá arriba estaba la ilimitada inmensidad del cielo. Pero no les prestó más atención a estas cosas, sino que se quedó allí tumbado, inactivo, sonriendo como si estuviera meramente satisfecho por haber escapado del valle de los ciegos, donde había imaginado que sería el rey.

Se apagó el resplandor del crepúsculo, y llegó la noche, y él aún seguía tumbado y apaciblemente satisfecho bajo las frías estrellas.

Historia del difunto señor Elvesham

No escribo esta historia con la esperanza de que sea creída, sino con la de preparar una escapatoria para la siguiente víctima, si es que esto es posible. Tal vez él pueda sacar provecho de mi infortunio. Sé que mi propio caso es desesperado, y en alguna medida yo ya estoy preparado para afrontar mi destino.

Me llamo Edward George Edén. Nací en Trentham, en Staffordshire, en cuyos jardines mi padre había encontrado un empleo. Perdí a mi madre cuando tenía tres años y a mi padre cuando tenía cinco, y entonces me adoptó mi tío George Edén. Era soltero, autodidacta y bien conocido en Birmingham como emprendedor periodista; me educó generosamente, alimentó mi ambición de triunfar en el mundo y, a su muerte, que ocurrió hace cuatro años, me legó toda su fortuna, que ascendía a unas quinientas libras después de que se pagaran todos los gastos del caso. Yo tenía dieciocho años. En su testamento me aconsejó que invirtiera el dinero en completar mi educación. Yo ya había elegido la carrera de medicina, gracias a su generosidad póstuma y la buena suerte que tuve en un concurso para obtener una beca, me convertí en un estudiante de medicina en el University College de Londres. En la época en que esta historia empieza yo me alojaba en el número 11A de University Street, en una pequeña buhardilla menesterosamente amueblada y llena de corrientes de aire, que daba a la parte posterior del local de Schoolbred. Vivía y dormía en esta pequeña habitación, porque me abrumaba la idea de agotar

todos los recursos de que disponía hasta el último penique.

Llevaba a arreglar un par de zapatos a una tienda de Tottenham Court Road cuando me encontré por vez primera con el anciano de cara amarillenta con el que mi vida se halla ahora tan inextricablemente enmarañada. Estaba de pie, en la acera, mirando con vacilante atención el número de la puerta, cuando yo la abrí. Sus ojos se posaron en mi rostro (eran unos ojos grises e inexpresivos, enrojecidos bajo las pestañas) y su semblante asumió inmediatamente una expresión de arrugada amabilidad.

—Llega usted en el momento oportuno —dijo—. Había olvidado el número de su casa. ¿Cómo está usted, señor Edén?

Me quedé un poco perplejo ante este saludo familiar, porque nunca antes había visto a ese hombre. También estaba irritado por el hecho de que me hubiera pillado con las botas bajo el brazo. Él notó mi falta de cordialidad.

—Se estará usted preguntando quién demonios soy, ¿verdad? Soy un amigo, se lo aseguro. Yo le he visto a usted antes, aunque usted no me haya visto a mí. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

Dudé. La pobreza de mi buhardilla no era cosa que se pudiera mostrar a cualquier extraño.

—Quizá podríamos hablar mientras paseamos —dije—. Desgraciadamente no puedo...

Mi gesto explicó la frase antes de que hubiera acabado de pronunciarla.

—Claro —dijo, y miró en una dirección y luego en otra—. ¿En la calle? ¿Por dónde vamos?

Deslicé mis botas en el vestíbulo.

—¡Mire! —dijo abruptamente—. Este asunto es un galimatías. Venga a comer conmigo, señor Edén. Soy un anciano, un hombre muy mayor, y las explicaciones no se me dan bien, y encima con mi voz aflautada y el estruendo del tráfico...

Puso sobre mi brazo una mano persuasiva y huesuda, que tembló un poco.

Yo no era tan mayor como para que un viejo no pudiera invitarme a comer. Pero al mismo tiempo no acababa de agradarme esta abrupta invitación.

—Yo preferiría... —empecé a decir.

—Pero yo en cambio sí lo preferiría —dijo, tomándome la palabra—, y me parece que mis canas se merecen un respeto.

Así que acepté y me fui con él.

Me llevó al Blavitski; yo tenía que caminar lentamente para acomodarme a su paso; y en el curso de la mejor comida que me fue dado probar, él esquivó mis preguntas iniciales, y yo me fijé mejor en su aspecto. Su cara, bien afeitada, era enjuta y arrugada, sus labios apergaminados caían sobre una dentadura postiza, y su pelo canoso era fino y bastante largo; a mí me parecía pequeño —aunque la verdad es que a mí la mayoría de la gente me parecía pequeña— y sus hombros eran redondos y encorvados. Y, mientras le miraba, no pude evitar advertir que él también estaba tomando nota de mí, recorriéndome con una curiosa mirada de codicia, desde mis anchos hombros hasta mis manos bronceadas y otra vez hasta mi cara pecosa.

—Y ahora —dijo mientras encendíamos sendos cigarrillos—, debo hablarle del asunto que tengo entre manos. Debo decirle que soy un anciano, un hombre muy, muy mayor. Se detuvo un momento. —Y ocurre que tengo una cantidad de dinero que debo dejarle a alguien y no tengo un hijo a quien dejárselo.

Me acordé del truco de la confianza, y resolví permanecer vigilante para proteger los vestigios de mis quinientas libras. Él siguió hablando de su soledad, y de los problemas con que se había encontrado para darle un destino adecuado a su dinero.

—He sopesado diversos planes: beneficencia, instituciones, becas y bibliotecas; y al final he llegado a la conclusión —fijó sus ojos en mi rostro— de que buscaré a un joven ambicioso y de mente pura, pobre, saludable de cuerpo y de alma, para convertirle en breve en mi heredero, para darle todo lo que tengo. Repitió: —Para darle todo lo que tengo. De tal forma que de golpe se verá liberado de todos los problemas y esfuerzos en los que su sensibilidad ha sido educada y conseguirá ser libre e influyente.

Intenté parecer desinteresado. Con transparente hipocresía dije:

—Y quiere usted mi ayuda, mis servicios profesionales, para encontrar a esa persona.

Sonrió y me miró por encima de su cigarrillo, y yo me reí cuando desenmascaró tranquilamente mi modesto engaño.

—¡Qué carrera podría hacer ese hombre! —dijo—. Me lleno de

envidia cuando pienso que otro hombre puede gastar todo lo que yo he acumulado...

»Pero hay condiciones, desde luego, cargas que le impondré. Debe adoptar mi nombre, por ejemplo. Uno no puede esperar que se lo den todo sin contrapartidas. Y yo debo conocer todos los detalles de su vida antes de aceptarle. Debe ser digno de confianza. Debo conocer sus antecedentes, cómo murieron sus padres y sus abuelos, debo investigar de la forma más estricta su catadura moral...

Esto alteró un poco mi secreta satisfacción. Dije:

—Y debo entender que yo...

—Sí —dijo, casi con ferocidad—. Usted. Usted.

No dije ni una sola palabra. Mi imaginación danzaba enloquecida, mi innato escepticismo no conseguía sosegar su entusiasmo. No había una brizna de gratitud en mi mente, no sabía qué decir ni cómo decirlo.

—Pero ¿por qué yo precisamente? —dije por fin.

Dijo que por casualidad había oído hablar de mí al profesor Haslar, que aseguró que yo era un muchacho típicamente sano y honesto, y él deseaba en lo posible dejar su dinero a alguien cuya salud e integridad no ofrecieran dudas.

Aquel fue mi primer encuentro con el viejecito. Mantuvo el misterio acerca de sí mismo; aún no quería desvelarme su nombre, dijo, y, después de que yo hubiera contestado algunas de sus preguntas, me dejó en el portal del Blavitski. Noté que a la hora de pagar la cuenta sacó de su bolsillo un puñado de monedas de oro. Su insistencia en la salud corporal era curiosa. De acuerdo con el trato que hicimos, aquel día solicité una póliza de seguro de vida a la Loyal Insurance Company por valor de una suma importante de dinero, y a la semana siguiente los asesores médicos de esa compañía me sometieron a un exhaustivo reconocimiento. Pero ni siquiera eso le satisfizo, e insistió en que el gran doctor Henderson debía volver a examinarme. No fue hasta el viernes de la semana de Pentecostés cuando tomó una decisión. Me llamó para que bajara a última hora de la tarde —eran casi las nueve—, apartándome de la empollada de ecuaciones químicas que estaba haciendo con vistas a mi examen preliminar de ciencias. Estaba de pie, a la entrada, bajo la débil luz de una lámpara de gas, y su rostro era una grotesca interacción de sombras. Parecía estar aún más encorvado que la

primera vez que le había visto, y tenía las mejillas un poco hundidas.

Su voz tembló de emoción.

—Todo es satisfactorio, señor Edén —dijo. —Todo es muy, muy satisfactorio. Y esta noche más que nunca debe usted cenar conmigo: celebraremos su... ascenso—. Un ataque de tos le interrumpió. —Tampoco tendrá que esperar mucho tiempo —dijo, pasándose el pañuelo por los labios, y apretando mi mano con una garra larga y huesuda, que parecía tener vida propia—. Le aseguro que no esperará mucho tiempo.

Salimos a la calle y llamamos a un coche. Recuerdo vívidamente cada uno de los incidentes de aquel trayecto, el movimiento fluido y veloz del coche, el contraste entre la luz eléctrica y la del gas y la del petróleo, la multitud que había en las calles, el lugar de Regent Street al que fuimos, y la suntuosa cena que se nos sirvió allí. Al principio me sentía desconcertado por las miradas que un camarero bien uniformado dirigió a mi ropa desastrada, y sufría por los huesos de las aceitunas, pero en cuanto el champán empezó a hacerme efecto sentí que renacía mi confianza. El anciano habló de sí mismo al principio. Ya me había revelado su nombre en el coche; era Egbert Elvisham, el gran filósofo, cuyo nombre yo conocía desde que era niño en la escuela. Me pareció increíble que este hombre, cuya inteligencia había dominado a la mía desde tan pronto, esta gran abstracción, se concretara bruscamente en esta figura decrepita y familiar. Me atrevo a decir que cualquier joven que se haya visto bruscamente rodeado de celebridades ha sentido una decepción parecida a la mía. Ahora me hablaba del futuro que el débil flujo de su vida abriría ante mí al secarse: casas, derechos de autor, inversiones. Nunca había sospechado que los filósofos fueran tan ricos. Me miraba beber y comer con un punto de envidia.

—¡Qué vitalidad tiene usted! —dijo; y luego, con un suspiro, con lo que podía parecer un suspiro de alivio: —No tardará mucho.

—¡Ay! —dije yo, con la cabeza saturada de champán—. Quizá yo tenga un futuro... bastante agradable, gracias a usted. De ahora en adelante tendré el honor de llevar su nombre. Pero usted tiene un pasado. Un pasado que vale lo que todo mi futuro.

Movió la cabeza y sonrió, aceptando con un poco de tristeza —pensé entonces— mi halagadora admiración. Dijo:

—¿De verdad cambiaría ese futuro por mi pasado?

El camarero llegó con los licores.

—Tal vez no le importará cargar con mi nombre, cargar con mi posición, ¿pero de verdad le gustaría cargar también con mis años?

—Y con sus éxitos —dijo, cortésmente.

Sonrió de nuevo.

—Kümmel para los dos —le dijo al camarero, y dirigió su atención hacia el sobrecito de papel que había sacado de su bolsillo—. Esta hora —dijo—, esta hora de la sobremesa es la hora de las pequeñas cosas. Aquí hay un fragmento de mi sabiduría inédita.

Abrió el sobre con sus dedos temblorosos y amarillos, y mostró un poco del polvo rosado que había en el papel.

—Esto —dijo—, bueno, tiene usted que adivinar lo que es esto. Pero el Kümmel (póngale un poco de este polvo) es Himmel.

Sus grandes ojos grises miraron los míos con una expresión inescrutable.

Me pareció un poco chocante ver a este gran maestro concediendo importancia al sabor de los licores. No obstante, fingí un gran interés por su debilidad, porque estaba lo bastante borracho como para incurrir en un pequeño halago como ese.

Repartió el polvo entre las dos copitas y, levantándose de repente con una extraña e inesperada dignidad, extendió su mano hacia mí. Le imité, e hicimos chocar las copas.

—Por una rápida sucesión —dijo, y levantó la copa hacia sus labios.

—Eso no —dijo precipitadamente—. Eso no.

Se detuvo con el licor a la altura de la barbilla, y con los ojos centelleando.

—Por una larga vida —dijo.

Dudó.

—Por una larga vida —dijo, con una brusca carcajada, y mirándonos a los ojos con fijeza vaciamos las copitas.

Sus ojos me miraban directamente, y mientras apuraba mi bebida noté una sensación curiosamente intensa. Su primer efecto fue provocar un furioso tumulto en mi cerebro; me parecía sentir una verdadera turbulencia física en el cráneo, y un zumbido rabioso me llenaba los oídos. No noté el sabor en mi boca, ni la fragancia que me llenaba la garganta; sólo veía la intensidad gris de su

mirada, que ardía en la mía. La bebida, la confusión mental, el ruido y la turbulencia que remaban en mi cabeza parecieron prolongarse durante un interminable espacio de tiempo. Vagas y curiosas impresiones de cosas medio olvidadas bailaban y se desvanecían en el filo de mi consciencia. Por fin él rompió el hechizo. Con un suspiro brusco y explosivo dejó la copa sobre la mesa.

—¿Y bien? —dijo.

—Es magnífico —dije, aunque aún no lo había saboreado.

La cabeza me daba vueltas. Me senté. Mi cerebro era un caos. Entonces mi capacidad de percepción se volvió más clara y minuciosa, como si estuviera viendo las cosas en un espejo cóncavo. La actitud del anciano parecía haberse vuelto nerviosa y precipitada. Se sacó el reloj e hizo una mueca.

—¡Las once y siete! Y esta noche tengo que... ¡Dentro de veinticinco minutos! ¡Waterloo! Tengo que irme en seguida.

Pidió la cuenta y forcejeó con su abrigo, tratando de ponérselo. Solícitos camareros acudieron a ayudarnos. Un momento después estaba despidiéndome de él, sobre la portezuela del coche, todavía con una absurda sensación de minuciosa claridad, como si —¿cómo podría expresarlo?— no sólo estuviese viendo, sino también palpando a través de unos gemelos de teatro invertidos.

—Ese polvo —dijo—. Se puso una mano en la frente. —No debería habérselo dado. Mañana le dolerá la cabeza. Espere un momento. Tenga—. Me entregó una cosa plana como los polvos de seidlitz. —Tómese esto con agua cuando se vaya a la cama. Lo otro era una droga. Pero, cuidado, no lo tome hasta que no esté a punto de acostarse. Le despejará la cabeza. Eso es todo. Chóquela otra vez... ¡Por el futuro!

Apreté su garra marchita.

—Adiós —dijo, y por la caída de sus párpados juzgué que él también se había sumido en la influencia de aquel cordial perturbador.

Recordó algo más con un sobresalto, se palpó el bolsillo de la chaqueta y sacó otro paquete, esta vez un cilindro que tenía la forma y el tamaño de un jabón de afeitar.

—Tenga —dijo—, se me olvidaba. No abra esto hasta que yo vuelva mañana, pero cójalo ahora.

Pesaba tanto que estuvo a punto de caérseme.

—Adiós —dije, y él me sonrió desde la ventanilla del coche mientras, con un ligero golpe de fusta, el cochero espabilaba a su caballo. Lo que me había dado era un paquete blanco, con sellos rojos en cada extremo y en los bordes. «Si no es dinero —me dije—, es platino o plomo».

Me lo metí con sumo cuidado en el bolsillo, y con la cabeza dándome vueltas eché a andar de regreso a casa entre los vagabundos de Regent Street y las oscuras calles traseras que hay más allá de Portland Road. Recuerdo muy vívidamente, por extrañas, las sensaciones de aquella caminata. Aún conservaba la lucidez suficiente para notar mi extraño estado mental, y para preguntarme si lo que había tomado era opio, una droga que nunca había probado. Ahora me es difícil describir la peculiaridad de mi sorpresa; podría decir que padecía un desdoblamiento mental, pero eso sólo vagamente expresa mi estado. Mientras subía por Regent Street mi cerebro parecía querer persuadirme, misteriosamente, de que estaba en la estación de Waterloo, y tuve el extraño impulso de entrar en el Politécnico, igual que un hombre sube al tren. Me froté los ojos, y estaba en Regent Street. ¿Cómo podría expresarlo? Uno ve a un actor competente mirándole en silencio, hace una mueca, y ¡zas! ya se ha convertido en otra persona. ¿Sería tan extravagante que dijera que en aquel momento me pareció que Regent Street había hecho eso? Luego, convencido de que aquello era de nuevo Regent Street, me sentí extrañamente confuso cuando afloraron algunas reminiscencias fantásticas. Pensé: «Fue aquí donde me peleé con mi hermano hace treinta años». Entonces, para asombro de un grupo de noctámbulos, que me animaron, me eché a reír. Treinta años atrás yo no existía, y nunca en toda mi vida había alardeado de tener un hermano. Sin duda lo que había bebido era una locura en forma de líquido, porque la dolorosa pesadumbre por aquel hermano perdido todavía me abrumaba. Por Portland Road la locura dio otro giro. Empecé a recordar tiendas desaparecidas, y a comparar la calle con lo que había sido en otro tiempo. Era comprensible que, después de la bebida que había ingerido, mis ideas fueran confusas y turbulentas, pero lo que me dejaba perplejo eran estos recuerdos fantasmales y curiosamente vividos que se habían colado en mi mente; y no sólo los recuerdos que habían

entrado, sino también los recuerdos que habían salido. Me detuve frente Steven's, la tienda de los comerciantes en historia natural, y me estrujé el cerebro pensando en lo que el viejo había hecho conmigo. Pasó un autobús, y el ruido que hizo fue exactamente el que hubiera hecho un tren. Me pareció estar buceando en un oscuro y remoto pozo de recuerdos. «Desde luego», me dije por fin, «me ha prometido tres ranas para mañana. Es extraño que lo haya olvidado».

¿Se les sigue enseñando a los niños imágenes en disolvencia? Recuerdo que en éstas una imagen empezaba como un tenue espectro que crecía hasta desplazar a otro. De la misma manera a mí me parecía que una serie espectral de nuevas sensaciones estaba luchando con mis sensaciones habituales.

Continué por Euston Road hasta Tottenham Court Road, perplejo y un poco asustado, y sin notar apenas que estaba tomando un camino insólito, puesto que normalmente solía acortar por el laberinto intermedio de calles secundarias. Doblé por University Street, y entonces descubrí que había olvidado el número de mi casa. Sólo mediante un enorme esfuerzo recordé que era el 11A, y aún así me pareció que era algo que me había revelado alguna persona olvidada. Intenté tranquilizarme recordando las incidencias de la cena, y la verdad es que no pude evocar ninguna imagen del rostro de mi anfitrión; sólo podía verle como un perfil de sombra, igual que uno puede verse a sí mismo reflejado en una ventana a través de la cual estaba mirando. En su lugar, sin embargo, tuve una curiosa visión exterior de mí mismo sentado a una mesa, locuaz, con el rostro arrebolado y los ojos brillantes.

«Tengo que tomarme este otro polvo», me dije. «Esto se está poniendo imposible».

Busqué la vela y las cerillas en el lugar equivocado del hall, y dudé acerca del descansillo en que debía hallarse mi habitación. «Estoy borracho», me dije, «eso es seguro», y para apoyar esa idea tropecé absurdamente en la escalera.

A primera vista la habitación no me pareció familiar. «Qué tontería», me dije, y miré con cuidado a mi alrededor. Me pareció que a base de esfuerzo conseguía recuperarme y la extraña cualidad espectral de las cosas se volvió concreta y familiar. Ahí estaba el vetusto espejo, con mis notas sobre las albúminas pegadas a una

esquina del marco, las piezas de mi viejo traje de diario esparcidas por el suelo. Y sin embargo aquello no era tan real después de todo. Sentí que una certeza absurda se abría paso en mi mente, la certeza de que yo estaba en un vagón de tren que acababa de detenerse, de que estaba mirando por una ventanilla hacia una estación desconocida. Para tranquilizarme así con firmeza la barandilla de la cama. «A lo mejor es clarividencia», me dije. «Tengo que escribir a la Physical Research Society».

Puse el cilindro en mi tocador, me senté en la cama y empecé a quitarme las botas. Era como si la imagen de mis sensaciones actuales estuviera pintada sobre otra imagen que se esforzara por mostrarse a través de aquélla. «¡Maldita sea!», dije, «¿me estoy volviendo loco, o es que estoy en dos sitios a la vez?». Medio desnudo, removí el polvo en un vaso y me lo bebí de un trago. Entró en efervescencia, y se volvió de un color ámbar fluorescente. Antes de que me metiera en la cama mi mente ya se había tranquilizado. Sentí la almohada en la mejilla, y a partir de ese momento debí de quedarme dormido.

Me desperté bruscamente de un sueño donde aparecían extraños animales, y me encontré tumbado boca arriba. Probablemente todo el mundo ha tenido ese tipo de sueño sombrío y terrible del que uno se escapa al despertar, todavía extrañamente intimidado. Tenía un sabor curioso en la boca, una sensación de fatiga en los miembros, una especie de incomodidad en la piel. Permanecí con la cabeza inmóvil sobre la almohada, esperando que mi sensación de extrañeza y terror se desvaneciera, y que luego me venciera otra vez el sueño. Pero, en vez de ocurrir eso, mis anómalas sensaciones se incrementaron. Al principio no pude percibir nada extraño a mi alrededor. En la habitación había una luz débil, tan débil que casi se confundía con la oscuridad, y los muebles resaltaban en ella como vagas manchas de oscuridad absoluta. Miré con fijeza justo por encima de las mantas.

Se me ocurrió la idea de que alguien había entrado en la habitación para robarme mi cartucho de dinero, pero después de permanecer tumbado durante un rato, respirando con regularidad para simular que estaba dormido, me di cuenta de que era una mera fantasía. Sin embargo, la incómoda seguridad de que algo andaba mal me mantuvo en vilo. Con un esfuerzo levanté la cabeza de la

almohada, e inspeccioné la oscuridad. No podía adivinar de qué se trataba. Contemplé las formas borrosas que había a mi alrededor, las sombras más grandes y más pequeñas que correspondían a las cortinas, la mesa, la chimenea, las estanterías, y así sucesivamente. Entonces empecé a percibir algo extraño en las formas de la oscuridad. ¿Se había dado la vuelta la cama? Allí deberían estar las estanterías, pero en su lugar había algo amortajado y de un rosa pálido, algo que, por mucho que yo lo miraba, no correspondía a las estanterías. Era demasiado grande para ser mi camisa tirada en una silla.

Venciendo un terror infantil, aparté las sábanas y las mantas y saqué una pierna de la cama. En vez de bajar de mi carriola al suelo, advertí que el pie apenas me llegaba al borde del colchón. Di otro paso, por así decir, y me senté en el borde de la cama. Al lado de la cama debía de estar la vela, y las cerillas sobre la silla rota. Alargué la mano y palpé, pero no encontré nada. En la oscuridad moví la mano a un lado y a otro, y tropezó con una pesada colgadura, de textura suave y gruesa, que produjo un crujido al tocarla. La cogí y tiré de ella; parecía una cortina suspendida sobre la cabecera de mi cama.

Ahora estaba completamente despierto, y empecé a darme cuenta de que estaba en una habitación extraña. Estaba perplejo. Traté de recordar las circunstancias de la noche anterior, y, curiosamente, ahora las hallé muy vividas en mi memoria: la cena, el momento en que recibí los paquetitos, mis interrogantes acerca de si me habían intoxicado, la lentitud con que me desnudé, la frescura que mi rostro arbolado encontró en la almohada. Sentí una brusca incertidumbre. ¿Había sido anoche o la noche anterior? En cualquier caso, esta habitación me era extraña, y no podía imaginar cómo había llegado hasta ella. El perfil pálido y borroso estaba palideciendo aún más, y comprendí que era una ventana, con la oscura forma de un espejo oval recortada contra la débil insinuación del amanecer que se filtraba a través de la persiana. Me levanté, y quedé sorprendido por una curiosa sensación de debilidad y desequilibrio. Con manos extendidas y temblorosas caminé lentamente hacia la ventana, pero por el camino me di un golpe en la rodilla con una silla. Tanteé alrededor del espejo, que era grande y tenía hermosos candelabros de bronce, en busca del

cordón de la persiana. No pude encontrarlo. Por casualidad encontré la borla, y con el chasquido de un resorte la cortina se levantó.

Me encontré contemplando una escena del todo extraña para mí. La noche estaba nublada, y a través del gris aterciopelado de la masa de nubes se filtraba una débil penumbra de amanecer. Justo en el filo del cielo, el dosel de las nubes estaba orlado de un color rojo de sangre. Abajo todo era oscuro e indistinto, confusas colinas en la distancia, una vaga masa de edificios que se erguían en pináculos, árboles como manchas de tinta, y bajo la ventana una tracería de arbustos negros y de senderos pálidos y grises. Era tan extraño que por un momento pensé que todavía estaba soñando. Palpé la mesa del tocador; parecía estar hecha de madera barnizada, y estaba bastante bien surtida: había en ella varios frasquitos de cristal tallado y un cepillo. En un platillo había también un objeto pequeño e insólito, que al tacto me pareció tener forma de herradura, con relieves duros y lisos. No pude encontrar cerillas ni palmatoria.

Volví otra vez mis ojos hacia la habitación. Ahora la persiana estaba levantada y débiles espectros de su mobiliario surgían de la oscuridad. Había una enorme cama con cortinajes, y la chimenea, que estaba situada a sus pies, tenía una repisa grande y blanca con un brillo semejante al del mármol.

Me apoyé en la mesa del tocador, cerré los ojos y volví a abrirllos, e intenté pensar. Todo el asunto era demasiado real para ser un sueño. Yo tendía a imaginar que aún había algún hiato en mi memoria como consecuencia de la ingestión de aquel extraño licor; que tal vez ya había recibido mi herencia y había olvidado de golpe todo cuanto era anterior al momento en que se me había anunciado la buena noticia. Quizá si esperaba un poco, las cosas volverían a aclararse. Pero mi cena con el viejo Elvesham era un recuerdo singularmente vivido y reciente. El champán, los atentos camareros, el polvo y los licores... Hubiera apostado mi alma a que todo eso había ocurrido hacía unas pocas horas.

Y entonces me ocurrió una cosa tan trivial pero al mismo tiempo tan terrible que tiemblo ahora al pensar en aquel momento. Hablé en voz alta. Dije:

—¿Cómo demonios he llegado aquí? Y aquella voz no era la

mía.

No era la mía: era suave, la articulación era confusa, la resonancia de mis huesos faciales era distinta. Entonces, para tranquilizarme, pasé una mano sobre la otra, y noté pliegues de piel caída, la laxitud de los huesos que acarrea la edad.

—Sin duda —dije con esa voz horrible que de algún modo se había instalado en mi garganta—, ¡sin duda esto es un sueño!

Casi con tanta rapidez como si lo hiciera involuntariamente, me metí los dedos en la boca. No tenía dientes. Las yemas de mis dedos recorrieron la flácida superficie de una hilera uniforme de encías arrugadas. La consternación y la repugnancia me produjeron náuseas.

Sentí entonces un fervoroso deseo de verme, de comprobar de inmediato y en todo su horror el cambio espantoso que se había operado en mí. Fui tambaleándome hasta la repisa, y la palpé en busca de cerillas. Mientras lo hacía, una tos perruna brotó de mi garganta, y me agarré al grueso camisón de franela en el que, según descubrí, estaba envuelto. Allí no había cerillas, y me di cuenta de pronto de que tenía las extremidades frías. Moqueando y tosiendo, quizá gimoteando un poco, volví a tuestas a la cama.

—Sin duda es un sueño —gemí entre dientes mientras me arrastraba—. Un sueño sin duda.

Era una repetición senil. Me puse las mantas sobre los hombros, hasta las orejas, metí una mano marchita bajo la almohada, y decidí ponerme a dormir. Claro que era un sueño. Por la mañana el sueño habría acabado, y yo me despertaría de nuevo fuerte y vigoroso a mi juventud y a mis estudios. Cerré los ojos, respiré con regularidad, y, comprendiendo que estaba desvelado, empecé lentamente a contar ovejas.

Pero lo que yo estaba deseando no llegaba. No podía dormir. Y progresivamente aumentaba la certeza de la inexorable realidad del cambio que se había operado en mí. Al rato me vi con los ojos abiertos de par en par, habiendo olvidado las ovejas y con los dedos huesudos sobre las encías arrugadas. De una forma brusca y repentina me había convertido en un viejo. Inexplicablemente había malogrado mi vida y me había hecho viejo, de alguna manera se me había robado lo mejor de mi vida: el amor, la lucha, la fuerza y la esperanza. Me di la vuelta sobre la almohada y traté de persuadirme

de que semejante alucinación era posible. Progresiva, imperceptiblemente, la luz del amanecer se afianzaba.

Por fin, desesperando de poder dormir más, me incorporé en la cama y miré a mi alrededor. Una fría penumbra iluminaba la parte del cuarto que yo podía abarcar con la vista. Era espacioso y estaba bien amueblado, mejor que cualquier habitación en la que yo hubiera dormido antes. Sobre un pequeño pedestal que había en un nicho se hicieron confusamente visibles una vela y unas cerillas. Aparté las mantas, y temblando de frío por la crudeza de la mañana —aunque estábamos en verano— salté de la cama y encendí la vela. Entonces, tiritando de una forma tan horrible que el apagador se estremeció en su alcayata, fui tambaleándome hasta el espejo y vi... la mismísima cara de Elvisham. El descubrimiento no fue menos horrible porque yo ya lo hubiera sentido. A mí él ya me había parecido físicamente débil y digno de compasión, pero viéndolo ahora, apenas cubierto con un áspero camisón de franela que se abría descubriendo el cuello fibroso, viéndolo ahora como mi propio cuerpo, me resulta imposible describir su desolada decrepitud. Las mejillas hundidas, el mechón caótico de sucio pelo gris, los ojos legañosos y congestionados, los labios arrugados y temblorosos, el inferior luciendo un brillo del rosado revestimiento interior, y aquellas oscuras encías, visibles y atroces. Aquellos que sois alma y cuerpo al mismo tiempo, a vuestra edad natural, no podéis imaginar lo que este diabólico encarcelamiento significó para mí. Ser joven y estar lleno del deseo y la energía de la juventud, y verse atrapado y poco después aplastado en este cuerpo ruinoso y tambaleante...

Pero me estoy apartando del rumbo de mi historia. Durante algún tiempo debí de quedar aturdido ante la transformación que se había operado en mí. Ya era de día cuando me había repuesto lo justo para poder pensar. De alguna forma inexplicable me habían cambiado, aunque no alcanzaba a entender cómo, a través de qué sortilegio, se había realizado la operación. Y, mientras pensaba, comprendí la genialidad diabólica de Elvisham. Me pareció evidente que, del mismo modo que yo me encontraba en su cuerpo, él debía de estar en posesión del mío, es decir de mi fuerza y de mi futuro. Pero ¿cómo probarlo? Entonces, mientras pensaba, todo me pareció tan increíble que acabé por dudar, y tuve que pellizcarme,

que palparme las encías sin dientes, que verme a mí mismo en el espejo y tocar las cosas que había a mi alrededor antes de tranquilizarme lo suficiente como para afrontar de nuevo los hechos. ¿Era toda la vida una alucinación? ¿De verdad yo era Elvesham, y él era yo? ¿Había estado soñando esa noche con Edén? ¿Es que de verdad hubo alguna vez algún Edén? Pero si yo era Elvesham debería recordar dónde estaba la mañana anterior, el nombre de la ciudad en la que vivía, qué ocurrió antes de que el sueño empezara. Me devané los sesos. Recordaba la insólita doblez de mis recuerdos de la noche pasada. Ahora, sin embargo, tenía la mente clara. No podía evocar ningún recuerdo espectral, sino sólo aquellos que correspondían a Edén.

—A este paso me volveré loco —grité con una voz aguda. Me levanté tambaleante, arrastré mis pesados y débiles miembros hasta el palanganero, y sumergí mi cabeza gris en una palangana de agua fría. Luego, mientras me secaba con una toalla, lo intenté de nuevo. No sirvió para nada. Estaba fuera de toda duda que yo era Edén y no Elvesham. ¡Pero Edén en el cuerpo de Elvesham!

Si yo hubiera sido un hombre de otra época, me hubiera entregado a mi destino como si me hubieran hechizado. Pero en estos tiempos de escepticismo los milagros no son nada corrientes. Aquí había algún truco de psicología. Lo que podían hacer una droga y una mirada fija sin duda podían deshacerlo otra droga y otra mirada fija, o algún tratamiento similar. No es la primera vez que los hombres pierden la memoria. ¡Pero intercambiar recuerdos como quien intercambia paraguas! Me reí. Pero ¡ay!, no fue una risa saludable, sino una risita jadeante y senil. Podía imaginarme al viejo Elvesham riéndose de mi situación, y una oleada de furia petulante, insólita en mí, arrastró mis sentimientos. Empecé trabajosamente a vestirme con la ropa que había encontrado esparcida por el suelo, y sólo cuando ya estaba vestido me di cuenta de que lo que me había puesto era un traje de etiqueta. Abrí el ropero y encontré algunos trajes de diario, un par de pantalones a cuadros y una bata anticuada. Me puse una chistera venerable sobre mi venerable cabeza y, tosiendo un poco a causa de los esfuerzos que hacía, salí tambaleándome al descansillo.

Eran entonces sobre las seis menos cuarto, y las persianas estaban bajadas del todo y la casa en silencio. El descansillo era

espacioso, y una escalera ancha y suntuosamente alfombrada bajaba hacia la oscuridad del vestíbulo de abajo, y delante de mí una puerta entreabierta me dejó ver un escritorio, una estantería giratoria, el respaldo de una butaca, y una magnífica colección de libros encuadernados en los estantes.

—Mi despacho —murmuré, y crucé el descansillo. Entonces, al oír el sonido de mi voz, se me impuso una idea, y volví a la habitación y me puse la dentadura postiza, que encajó en mi boca con la facilidad de una vieja costumbre.

—Eso está mejor —dije, haciéndola rechinar, y volví al despacho.

Los cajones del escritorio estaban cerrados con llave. También lo estaba la estantería giratoria. No se veía ni rastro de las llaves, y no había ninguna en los bolsillos de mis pantalones. Volví de inmediato a la habitación y registré el traje de etiqueta, y después los bolsillos de todas las prendas que pude encontrar. Estaba muy impaciente; y, cuando acabé, cualquiera que hubiera visto mi cuarto podría haber imaginado que los ladrones habían pasado por allí. No sólo no había llaves, sino ni siquiera una moneda, ni un pedazo de papel, excepto el recibo de la cuenta de la cena de la noche anterior.

Una curiosa fatiga se apoderó entonces de mí. Me senté y miré fijamente las prendas de ropa esparcidas aquí y allá, con los bolsillos vueltos hacia fuera. Mi frenesí inicial se había desvanecido. Por momentos empezaba a darme cuenta de la inmensa inteligencia de los planes de mi enemigo, a ver cada vez con mayor claridad que mi situación era desesperada. Haciendo un esfuerzo me levanté y corrí otra vez al despacho. En la escalera había una criada subiendo las persianas. Me parece que se quedó mirando fijamente la expresión de mi rostro. Cerré detrás de mí la puerta del despacho y, cogiendo un atizador, empecé a golpear el escritorio. Así es como me encontraron. El tablero del escritorio estaba rajado, la cerradura destrozada, las cartas rasgadas y fuera de sus archivos y esparcidas por la habitación. En mi rabia senil había tirado al suelo las plumas y otros ligeros efectos de escritorio, y había vertido la tinta. Además, un gran jarrón que había encima de la repisa se había roto, no sé cómo. No pude encontrar ni talonario de cheques, ni dinero, ni ninguna pista que pudiera serme de utilidad para recuperar mi

cuerpo. Estaba golpeando como un loco los cajones cuando el mayordomo, seguido por dos criadas, vino a meterse en mis asuntos.

Así de simple es la historia de mi transformación. Nadie creará mis frenéticas afirmaciones. Se me trata como a un loco, e incluso en este momento estoy bajo vigilancia. Pero estoy cuerdo, absolutamente cuerdo, y para probarlo me he sentado a escribir minuciosamente esta historia, tal y como me ocurrió. Apelo al lector para que él diga si ha podido apreciar algún rastro de demencia en el estilo o en el método de la historia que ha estado leyendo. Soy un hombre joven encerrado en el cuerpo de un anciano. Pero este hecho le parece increíble a todo el mundo. Naturalmente, yo parezco un demente a quienes no creen en esta historia; naturalmente, no conozco los nombres de mis secretarias, de los médicos que vienen a verme, de mis criados y vecinos, de esta ciudad —dondequiera que esté— en la que ahora me encuentro. Naturalmente, me pierdo en mi propia casa, y padezco inconvenientes de todo tipo. Naturalmente, hago las preguntas más extrañas. Naturalmente, lloro y grito, y sufro ataques de desesperación. No tengo ni dinero ni talonario. El banco no reconocería mi firma, porque supongo que, a pesar de la debilidad de los músculos que ahora son míos, mi letra es todavía la de Edén. La gente que está a mi alrededor no me deja ir personalmente al banco. Incluso parece que no hay ningún banco en esta ciudad, y que yo tengo una cuenta en alguna parte de Londres. Según parece, Elvesham guardó en secreto el nombre de su abogado; por tanto no puedo hacer ninguna averiguación. Elvesham fue sin duda un profundo estudioso de las ciencias mentales, y todas mis declaraciones de los hechos del caso no hacen sino confirmar la teoría de que mi locura es el resultado de un exceso de reflexión acerca de la psicología. ¡Claro, sueños de identidad personal! Hace un par de días yo era un joven saludable que tenía toda la vida por delante; ahora soy un viejo furioso, sucio, desesperado y lamentable, que vaga por una enorme casa, lujosa y extraña, mientras me observan, me temen y me evitan, como si fuera un lunático, todos los que me rodean. Y Elvesham está en Londres empezando otra vez a vivir en un cuerpo vigoroso, y con todo el conocimiento y la sabiduría acumulados durante setenta años. Me

ha robado la vida.

No sé exactamente qué es lo que ha ocurrido. En el despacho hay volúmenes de notas manuscritas que se refieren sobre todo a la psicología de la memoria, y partes de lo que pueden ser cálculos o cifras en símbolos que me resultan absolutamente extraños. En algunos pasajes hay indicios de que él se ocupaba también de la psicología de las matemáticas. Supongo que ha transferido todos sus recuerdos, la acumulación que configura su personalidad, desde su viejo cerebro marchito al mío y que, de forma similar, ha transferido los míos a su cuerpo desechado. Es decir, que en la práctica ha intercambiado los cuerpos. Pero cómo ha sido posible hacer ese intercambio es algo que se halla más allá del alcance de mi filosofía. He sido un materialista durante toda mi vida, pero he aquí de repente un caso de un hombre separado de la materia.

Estoy a punto de ensayar un desesperado experimento. Estoy aquí sentado escribiendo antes de poner manos a la obra. Esta mañana, con la ayuda de un cuchillo de mesa que he robado durante el desayuno, conseguí abrir un cajón secreto, aunque bastante visible, de este escritorio destrozado. No descubrí nada excepto un pequeño frasco de cristal verde que contenía un polvo blanco. Alrededor del cuello del frasco había una etiqueta donde estaba escrita una única palabra: «Liberación». Esto puede ser, tiene que ser veneno. Puedo entender que Elvisham colocara veneno a mi alcance y, si no fuera por este cuidadoso ocultamiento, aseguraría que su intención era librarse del único testigo vivo que podía declarar contra él. Este hombre ha resuelto prácticamente el problema de la inmortalidad. A no ser que intervenga el azar, vivirá en mi cuerpo hasta que éste haya envejecido, y entonces, desechándolo de nuevo, asumirá la juventud y la fuerza de alguna otra víctima. Cuando uno recuerda su crueldad, resulta terrible pensar en la creciente experiencia que... ¿Cuánto tiempo hace que está saltando de un cuerpo a otro? Pero me canso de escribir. Parece que el polvo es soluble en agua. El sabor no es desagradable.

Aquí concluye el relato que se encontró sobre el escritorio del señor Elvisham. Su cadáver yacía entre el escritorio y la butaca. Esta última había sido reclinada, probablemente a causa de sus últimas convulsiones. La historia estaba escrita a lápiz, y con una letra demente muy distinta de sus habituales y minuciosos

caracteres. Sólo quedan por registrar dos hechos curiosos. Indiscutiblemente había alguna conexión entre Edén y Elvesham, puesto que todas las propiedades de Elvesham le fueron legadas al joven. Pero éste nunca heredó. Por extraño que parezca, cuando Elvesham se suicidó Edén ya estaba muerto. Veinticuatro horas antes había sido atropellado por un coche, que le mató instantáneamente, en el populoso cruce que hay en la intersección de Gower Street y Euston Road. De manera que el único ser humano que podía haber arrojado alguna luz sobre esta fantástica narración ya no puede responder a ninguna pregunta.



HERBERT GEORGE WELLS, más conocido como H. G. Wells (21 de septiembre de 1866 en Bromley, Kent - 13 de agosto de 1946 en Londres), fue un escritor, novelista, historiador y filósofo británico. Fue uno de los primeros escritores de ciencia ficción, género con el que consiguió convertirse en un clásico de la literatura de anticipación.

Tuvo varios trabajos y comenzó a formarse en Biología. Debido a su falta de recursos económicos, tardó varios años en licenciarse. Poco después, debido a problemas físicos, decidió dedicarse a la escritura de manera constante.

Su obra es prolífica, con más de cien libros y multitud de cuentos, y en ella podemos encontrar tanto obras de ciencia ficción, como *La guerra de los mundos* (1898) o *La máquina del tiempo* (1895) —ambas llevadas al cine en más de una ocasión—, como obras de corte social, *Tono Bungay* (1909), o centradas en el estudio de la historia.

De fuertes convicciones políticas, H. G. Wells defendió la posibilidad de una sociedad utópica, y criticó duramente a políticos y mandatarios, sobre todo en relación a los conflictos armados y las guerras mundiales.

Por sus escritos relacionados con ciencia, en 1970 se decidió en su

honor llamarle H. G. Wells a un astroblema lunar ubicado en el lado oscuro de la Luna.